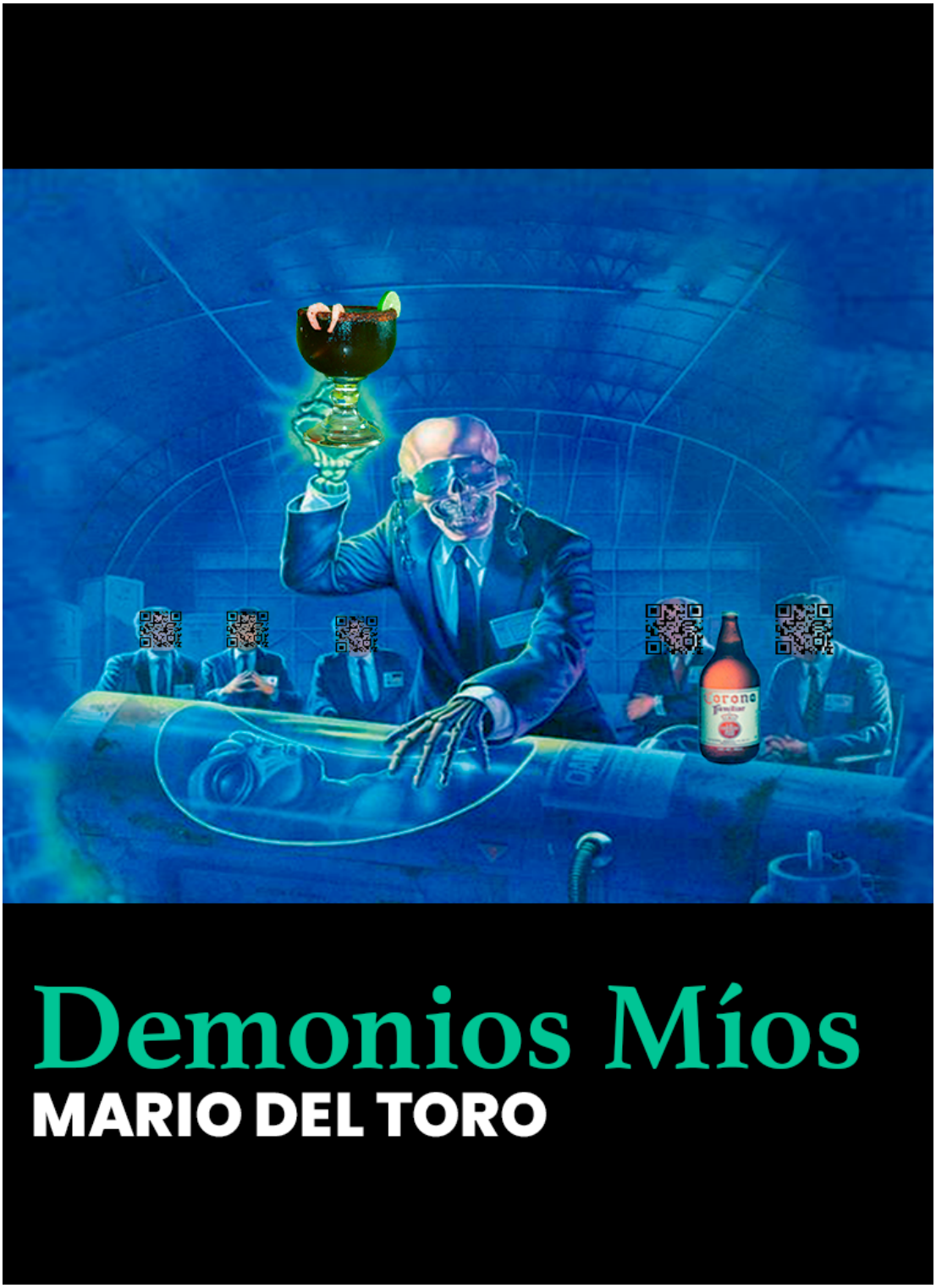
Demonios míos.

Mario Alfonso Del Toro Ponce



Capítulo 1

Demonios míos.

Post-pandemia.

'Sepan ustedes, súbditos del gran monarca español, que han nacido para callar y obedecer, y no para discutir las altas órdenes del gobierno'

Carlos III

Ciudad de México.

9 de abril del 2022.

Cuando el reloj da las seis de la mañana, ‘el Robert’ ya está despierto. A esa hora se pinta las uñas de negro; bolea sus botas -también oscuras-, peina su mohawk colorado, plancha su pantalón y se pone una de las tantas playeras negras que tiene guardadas en una caja de cartón.

Ahí tiene un chingo de discos piratas del Iron Maiden. Esos discos son solo un recuerdo de tantos negocios que nunca le funcionaron. Vive en un cuarto de azotea, y ahora no tiene vecinos. El último que tuvo vivía enfrente, y le dio coronavirus en diciembre. No se pudo recuperar. Estuvo muchos días en un hospital, en Teotihuacán. Solo ahí encontró una cama libre. Una enfermera le hizo el paro y lo clavó ahí. Igual murió.

Luego de prepararse, toma a Dulcinea y amarrada a una cuerda, la desliza por tres pisos hasta la planta baja de un patio inmundo. Cuando casi toca el suelo, la deja caer suavemente hasta recargarla sobre una maceta. Inmediatamente después regresa a su cuarto, se pone perfume y baja por las escaleras de servicio. Siempre tiene que pedir permiso para entrar a la casa. Nunca ha tenido problemas con Doña Caro, la dueña; es muy amable. Ella -al contrario de todos en el barrio- lo llama por su nombre: Roberto.

El Robert siempre cruza la sala a oscuras y cuando choca con la cocina, prende la luz. Todos los días hace lo mismo. Adora las rutinas. Antes de salir, baja su armadura fluorescente del perchero, la carga sobre su espalda y sale volando en Dulcinea. Desde hace varios días tiene fiebre y flemas. Toma tanto paracetamol que ya está teniendo problemas con su vejiga, pero se niega a ir con un doctor.

Su primer pedido llega a las 7:05 de la mañana. Le piden hidroxicloroquina compuesta. Lo rechaza. Esa medicina no existe desde el año pasado. Y nadie sabe si funciona, igual está agotada. No ha podido llegar (ni llegará). Cada semana nos informan que llegará, pero es algo tan lejano como ver caer nieve en Cuernavaca. Las vacunas, por ejemplo, sí llegaron a tiempo, sin embargo, en una extraña negociación del gobierno, solo los hospitales privados pueden proveerla. Ahora Médica Sur y el Hospital Ángeles son dos grandes farmacéuticas mexicanas. Los hospitales públicos también las tienen, pero están únicamente destinadas para los más débiles. Robert se niega a darse por vencido y aunque le insistan, jamás pasaría por tal humillación. Además, ni en sueños podría visitar un hospital privado con su sueldo. Tendría que recorrer la tierra una o dos veces para juntar lo suficiente y así pagar su tratamiento. Él es un hombre hecho y derecho. Escucha metal, aunque su verdadero ídolo es Iggy Pop, un gusto adquirido de su padre. Es el único artista fuera del metal que disfruta y admira. Aunque nunca le gustó su relación con Bowie. Al ‘Duque Blanco’ lo aborrece. La muerte es algo lejano para el Robert porque nunca ha visto morir a nadie. De su casa se fue a los

quince años y nunca volvió. Sus papás lo querían, pero él no.

El segundo pedido llega a las 7:25 de la mañana. Ya viene rodando por la Narvarte, cruza la glorieta de Vértiz y se detiene en un café. Lee el mensaje: 15 cafés y 12 donas de chocolate del Krispy Kreme. Corre, vuela y se acelera. Después de 20 minutos, sube por un elevador oscuro en un edificio sobre Reforma. Trae guantes de cocina, una mascarilla negra de Black Sabbath (porque nunca le ha gustado su rostro), goggles y un gel antibacterial en el cinturón. Lo lleva como una pistola. Toca el timbre y deja el pedido junto a la puerta. Baja corriendo. La oscuridad del elevador le da miedo, prefiere las escaleras. Monta a Dulcinea y avanza hasta la avenida de los Insurgentes. Hay tantos vagos viviendo por ahí, que prefiere cortar por la Juárez. Recoge unos tacos en Chapultepec. Los entrega en la calle de Flora. Se para a descansar. Tiene mucha tos.

Mira al cielo, saca su Broncolin. Ya se tomó medio envase en la mañana y sigue igual. Se desmaya por unos segundos y cuando por fin despierta, tiene un gran moretón en la frente: se golpeó en una pared. No tiene sangre. Se mira en la cámara de su celular y se toma una foto. La sube a las redes, aunque nadie lo sigue. Su último like fue hace más de diez días. Se lo puso Doña Caro. Cada vez conduce más lento. Antes le gustaba irse detrás de las ambulancias y le gustaba cerrar los ojos al bajar por San Antonio. Cuando los abría siempre gritaba lo mismo: "¡Y que chingue a su madre el América!". Algunos le pitan, otros le aplauden. Las mayorías siempre lo mandan a la verga, como decimos en México. Ni lo pelan. A sus 47 años, eso ya es lo de menos; está enfermo y morirá pronto.

Durante diez años fue mesero de una cantina. De los veinte a los treinta; sus mejores épocas. Propinas, alcohol y comida gratis. Nunca le faltó nada; es más, le sobraba. Llevaba grupos a la cantina y les pagaba con chelas. También les invitaba perico. Al cantinero le cobraba mil pesos mexicanos por presentación. A las bandas les pedía que vendieran boletos y también se llevaba un porcentaje. Ahí se enamoró de Cinthia, pero solo salieron en una ocasión. La llevó al Under, donde compró siete caguamas. Ella nunca entendió sus modos. Cinco horas le bastaron para desear nunca jamás volver a salir con él. Se puso tan pedo que comenzó a lanzar los envases a la barra. Lastimó a un hijo de puta que no se la perdonó, y al ritmo de Paranoid -en una versión muy industrial- le pusieron la golpiza de su vida. Nunca volvió a entrar a ese lugar.

El lunes, cuando volvió a trabajar a la cantina, le pidió perdón a Cinthia. Ella nunca olvidó lo que pasó y jamás conectaron de nuevo. Años más tarde, Don Meche Bolaños lo echó a patadas de la cantina. Lo descubrió robándole tres microondas, una batidora y una caja de licor del 43. Robert ama los carajillos. Tres hielos, café espresso, licor del 43 y una rodaja de naranja. La barra tiene que estar vacía y sin clientes, preferentemente al mediodía y escuchando un buen metal. Desayuno completo. Inmediatamente después, Coca-Cola. El día que Don Meche lo cachó

robando, el Robert andaba en la luna. Lo vio subiendo la caja de licor del 43 a su Honda gris.

"¡Pinche mozo de cagada! Si me lo imagino no te encuentro, hijo de tu pinche y oscura madre, mira que venir a robarme, siete días después de que te corrí… Hay que ser un caradura".

Para cuando el Robert volteó, ya tenía tremendo puñetazo en la nariz; no pudo hacer nada. Don Meche lo agarró de las greñas y lo estampó contra el borde de la cajuela, abre-cierra, cierra-abre, golpeando su cabeza en repetidas ocasiones.

Cuando despertó estaba a mitad de la calle, y sangraba sin control. Comenzó a sentir un olor cada vez más fuerte. Sus sospechas fueron ciertas. Don Meche le había orinado el rostro. Y ya no estaba su coche. Días después el Honda apareció, pero sin licor, sin llantas, sin microondas y sin estéreo. Solo encontró la licuadora en la cajuela. Estaba llena de sangre. Robert vendió el Honda y puso unas micheladas metaleras en el Chopo. Consiguió una rockola a su medida, digamos un modelo Custom. Solo metal. En orden alfabético iba desde AC/DC hasta la Zyklon, una banda noruega de un género conocido como blackened death metal. La formaron dos músicos de Emperor: Trym en la batería y Samoth, en la lira. Al Robert le vuelven loco y por eso los incluyó en la lista de su radio-ola. Esta gran lista musical se salta a los Metallica, también los detesta. Para él, Dave Mustaine es un Dios; James Hetfield, un imbécil más. Por eso bautizó a su local de micheladas como el "El Hangar 18". Le colgó una manta que diseñó en un cibercafé. Se robó la imagen de la portada del Rust in Peace, el afamado disco de Megadeth. Esta portada muestra en primer plano a un ciborg calavérico, que sostiene una bola brillante y verde con su mano derecha. Con la izquierda, toca un féretro transparente donde se alcanza a mirar un alien. Robert siempre se creyó un artista. La bola verde la cambió por una michelada en copa campechana con gomitas. El cajón lo dejó igual y le sobrepuso por una gran caguama helada Corona, su favorita. El elixir de los Dioses. Su paz, y hasta ese momento, lo más importante en su vida.

El Robert tenía el pelo largo. Le llegaba hasta los hombros, siempre con las puntas rubias. Era un hombre de pocas palabras, pero le gustaba llamar la atención. Con los 25 mil pesos que obtuvo por la venta del Van Halen 2, pagó el depósito de un pequeño local entre Aldama y Camelia, justo donde está el espacio anarcopunk. Desarrolló un menú con micheladas de distintos sabores: "Fear of the Dark", "Walk", "Freezing Moon", "Abigail" y la "Raining Blood". A la copa de nada, le puso "Hangar 18"; era una mezcla de Tonayán con tequila, ron, vodka, whisky, agua mineral y boing de fresa. Todo era servido en un vaso de litro de unicel. Un brebaje mortal.

El Tianguis Cultural del Chopo fue instalado desde mediados de los años sesenta, como un lugar para vender o intercambiar memorabilia, así como discos, cassettes y ropa. El Robert fue al Chopo por primera vez en 1990, cuando tenía quince años. Tenía apenas un mes viviendo en la Ciudad de México. Justo había escapado de su casa en Cuernavaca. Sus padres vivían bien. Tenían un pequeño supermercado en su casa pero, vamos, no le gustaba vivir como chino.

El lugar lo maravilló por completo, jamás había visto algo así. Por primera vez se encontró de frente con una manada de metaleros y punks. Aún no definía por completo hacia qué bando iría. Se imaginó un hábitat lleno de bestias salvajes. Aquella vez se detuvo a mirarlos detalladamente y encontró una pequeña organización humana reducida en pequeños núcleos, organizados con excesivo rigor. Unos de izquierda a derecha, avanzando con ropa de cuero entallada al cuerpo, cientos de estoperoles en sus chamarras, cintos y pantalones. Algunos de ellos con playeras de colores estridentes y sus crestas pintadas.

A lo lejos, Epic, de los Faith No More, es interpretada por una banda en vivo. Se acercó hasta el endeble escenario montado sobre unos tablones que vibraban al compás de cada guitarrazo. Un buen hombre a su lado le ofreció un toque. Fumó sin miedo. Se resbaló durante el slam y le pasaron por encima, pero se levantó más feliz que nunca y se quedó viendo una nube; ya solo se escuchaba la coda de la canción:

-¿Un piano en una rola de metal? Se preguntó.

En eso, y como arte de magia, se le apareció un punk con algunos discos para intercambiar y vender. Entre la pacheca y la revolcada que le dieron, alcanzó a enfocar un cassette de Megadeth: el Rust in Peace; era diciembre de 1990 y apenas había llegado a México.

El Robert regresa a casa. Cruza Tlalpan a velocidad media. Por Bulgaria sigue abierto, así que continúa por ahí. El GPS le indica que en 500 metros encontrará Bélgica, donde está su casa. Tiene llave, pero toca el timbre. Siempre debe avisar a Doña Caro que ya llegó. Abre la puerta con cuidado para no chocar con el mueble favorito de su casera, un enorme librero del siglo XVIII que se sostiene de milagro, y donde ella guarda de manera impecable todos los libros que escribió su difunto marido.

Son las 12:05. Su celular comienza a vibrar. Tiene un nuevo mensaje. Lo lee: tres pizzas de la Nochebuena, dos litros de jugo de mango del Farolito. Cancela el pedido. Ya está muy cansado y la fiebre no lo deja en paz. Cruza nuevamente la sala y se recuesta por un rato en el sillón. Doña Caro le sirve un té y le calienta un pan con mantequilla. Se queda dormido. Se despierta en la madrugada entre pesadillas. Lo persigue una canción que escuchó por la tarde. Sangre amarilla sale por sus fosas nasales. Mira solo a través de un cuadro que vibra constantemente y no le

permite dirigirse a un palacio al que tiene que llegar antes de que explote un vínculo de Myspace. Se despierta. Dulcinea tirada en el suelo, la taza de té llena y el pan entero. Se bebe el té y engulle el pan. Al llegar al patio, pisa un pedazo de mierda de la "Luli", una poodle que habita ahí. Nunca le limpian. Amarra con varios nudos a la Dulcinea y sube por las escaleras de servicio. A medio camino le llegan varias notificaciones. No les hace caso. Seguro son burlas de gente que vio su video viral. Él se hizo famoso por fumar piedra al ritmo de Bárbara de Regil. De vez en cuando uno que otro perdido lo etiqueta y le escribe un doloroso #fumocomoelrober.

Ya en la azotea, sube a Dulcinea. Entre la fiebre y cansancio del día solo pudo dejar la bicicleta al borde del techo. Se recuesta en la azotea, justo debajo de una jacaranda que para estos días, ya ha formado una alfombra morada sobre el techo. Tiene algunas plantas de mota, siempre le ha gustado cultivarla. Luli comienza a ladrar. Le aturde el cerebro, taladra sus tímpanos.

El tiempo de incubación de esta enfermedad es de cuatro a seis días. Aunque algunos otros especialistas señalan que pueden llegar a ser hasta catorce. El Robert apenas presenta principios de disnea -siente que se ahoga o le falta la respiración- y la fiebre apenas comienza a convertirse en un problema serio para él.

Este virus se descubrió por primera vez en Wuhan, en la provincia china de Hubei. El gobierno de la República Popular Socialista China aisló por completo a Wuhan. En el 2020 nos bombardearon con imágenes provenientes del país asiático, desde entonces, los tienen sitiados vía satelital, por medio de códigos de rápida respuesta, los famosos QR. De este modo, el gobierno chino ha podido ubicar a todos sus ciudadanos mediante el rastreo de sus contactos. Así pueden conocer quién está infectado y quién no. Este sistema fue lanzado el once de febrero del 2020 por Alipay, quién previamente ya controlaba todos los sistemas de pagos digitales del gigante asiático.

En México está tecnología llegó a finales del 2020, sin embargo, no ha sido del todo útil pues somos un país de gente mentirosa y corrupta. Siempre existe un modo, y las formas no han sido las idóneas. El gobierno rebasado perdió la batalla, se contaron miles de muertos y los seguimos sumando.

El país sufrió un proceso de balcanización tan profundo, que después de esta barbarie sanitaria no nos quedó más que acuartelarnos en nuestros barrios, pueblos, municipios y estados. Los grupos del narcotráfico dividieron el país a su antojo; la guerra tampoco cesó, los muertos y desaparecidos mucho menos. El cuerpo cansado aprieta para llegar a la cama. El Robert le pide un último favor a Siri: "Hey, Siri, play "No more tears". Se desploma sobre su cama y la pesadilla vuelve. Ahora es Ozzy

mientras muerde una y otra vez al murciélago. El sueño parece suceder en 1982, en el Veterean Memorial Auditorium, de Iowa. Robert se mira muerto por primera vez, sobre un escenario. Pero nada. Es solo un sueño. El Robert sigue vivo.

II Pre-pandemia.

Ciudad de México.

7 de septiembre del 2005.

El local del Robert fue un éxito durante los primeros años. Tribus de todas las clases se juntaban ahí: punks, anarcos, metaleros de distintas especies, darks, góticos y hartos chemos. El espacio era muy pequeño. Había un pasillo -que parecía más un chorizo- que llegaba hasta la barra (justo detrás la rockola, que solo podía programar el Robert, pagando por adelantado), periqueras pegadas a la pared y un calor extremo e insoportable durante la mayor parte del año. Las nubes de humo salían expulsadas a la calle como en un buque de vapor, la policía del barrio sabía lo que sucedía ahí.

El Robert no tenía mucho que ofrecerle a la autoridad, pero sus quinientos pesos y caguamas semanales siempre estaban ahí. Detrás de él, un enorme cuadro con sus dos puños en primer plano. Su rostro, en segundo plano, totalmente desenfocado. Se alcanzaba a leer I AM MY OWN GOD tatuado por partes en cada uno de sus dedos y en ambas manos (pulgar I, índice AM, corazón MY, anular OWN y en el meñique GOD). Eddie the Head (la mascota de Iron Maiden) colgada a su derecha, como el espíritu santo. Así lo conocí, con las manos sobre esa barra y las uñas pintadas de negro. Siempre le veía sus dedos y ese extraño tatuaje.

En esa época, yo tomaba mucho y me gustaba perderlo todo: desde el celular, pasando por la cordura y la razón. Eran tiempos raros, nunca hubiera imaginado la tragedia que viviríamos por un pinche murciélago. Ese quiróptero a veces me perseguía, igual que a Roberto. Me gustaba mezclar el "Hangar 18" con ácido. Normalmente veía murciélagos sentados en el Eddie. Se detenían a un lado del Robert. Un sábado a las cuatro de la tarde, hablamos por primera vez:

—¿Necesitas algo?

—No, gracias.

Muy nerviosa, me tomé lo que me quedaba del "Hangar 18" y por primera vez me atreví a mirarle los ojos negros. Llevaba botas hasta las rodillas, minifalda marrón y un abrigo de falso mink que me llegaba hasta los tobillos: Naranja Precaución. El metal siempre me fastidió. Es repetitivo y fundamentalista. Así me imagino a una banda de talibanes. Me dicen 'la

Atoxxica', pero mi verdadero nombre es Elisa Cifuentes Rodriguez.

Si el bar "Tacuba" hubiera existido, sería el "Hangar 18". En ese lugar, todos los sábados se convertían en domingo. A las siete de la noche del sábado, el Robert armaba una promoción que duraba solo unos instantes. Por cinco minutos, ponía las chelas a ocho pesos. Todos se quedaban atentos al cronómetro digital que tenía arriba del Eddy. El Robert marcaba cinco minutos con quince segundos. Los metaleros ya estaban en guardia. Primero se aglutinaban cerca de la barra. El líder de cada tribu, recogía el dinero: 96 pesos igual a 12 cervezas. Las mujeres cerca del Robert. Como podían, los góticos se metían, a los chemos les valía un pedazo de mona lo que estaba por suceder. Los demás simplemente bailaban en la zona 2 (dos metros atrás de la barra). Por fin el Robert apagaba la música. Se preparó para el play de salida y puso a los Pantera. La de "Walk", su favorita. La cerveza se repartía en cubetas; los hielos volaban, la chela también. Eran unas Indios al tiempo. La casa nunca perdía. En eso empezó el primer pleito entre punks urbanos y metaleros. Los primeros siempre traían puntas. Vaya que eran ojetes.

Puro Veneno vil, el demonio va a estar muy triste (porque cuando andaba peda, me ponía a hablar con el diablo).

El Robert me regaló otro "Hangar 18". Intenté pagarlo, pero no aceptó y me lo tomé de un solo trago. Bebí aún muchísimo más. También tomé una pastilla que me regaló 'el Gorila'. Me cayó de huevos al principio, pero cuando me di cuenta ya unos chemos estaban encima de mí, me querían bolsear. Uno de ellos me metió la mano debajo de la falda. No los podía enfocar así que como pude le tiré un codazo al vato. Lo mandé al coño.

El primer puntazo se lo metieron al 'Pachis', sus amigos reaccionaron en instantes: agarraron del copete al punk y entre varios lo patearon. No fue muy grave, el Pachis pudo seguir tomando. 'El Gorila' fue quien se dio cuenta de lo que yo estaba pasando. A un chemo lo sujetó del cuello y le dió un cubetazo en la cabeza. El otro se metió el susto de su vida y como pudo se le escabulló. Solo recuerdo su playera sucia y maloliente, de "Eskorbuto". Los olores nunca se olvidan. Cuando sus dedos estaban por tocar mi vagina sentí rabia, odio y sobre todo mucho asco. Mis demonios siempre me acompañan, así que cuando hablo con ellos, me tranquilizo. El diablo siempre me traduce:

Can't you see I'm easily bothered by persistance?

No puedes ver que me molesta tu persistencia

One step from lashing out at you

Estoy a un paso de golpearte.

You want in to get under my skin and call yourself a friend

Quieres meterte en mi piel y llamarme 'amigo'

I've got more friends like you, what do I do?

Tengo más amigos como tú, ¿qué hago ?

El Robert se quedó conmigo. Ese día no llegamos al domingo. Los corrió a todos por igual y cerró las cortinas. Entre la peda, y el mal viaje no podía parar de llorar. Los hombres no lo entienden, ni lo entenderán. Ni el Robert me captó, pero ese día me escuchó. Siempre supe que solo me quería coger. Me llevó hasta un sitio seguro de taxis que él conocía, lo pagó y me mandó a mi casa. No soporto el punk en español, pero desde ese día menos. ¿Existe el punk guadalupano? ¿Habían pensado en eso? ¿Por qué llevan escapularios y crucifijos colgados estos personajes? Para mí esos eran chemos y nada más, una tribu urbana para olvidar.

Procedente de Tijuana, llegué a la Ciudad de México en el 2002. Quería estudiar diseño textil. Tenía apenas 19 años, estaba en la flor de mi juventud. Mis papás me pagaban todo. No conocía a nadie. Me mandaron para acá porque la situación por allá estaba muy difícil. Muchos muertos, levantones y secuestros. El D.F. en ese entonces era una ciudad segura. No entendía sus ejes, ni las calles. Ahora sé que Bucareli se convierte en Cuauhtémoc y luego en Avenida Coyoacán. Me metí a estudiar al Instituto de Estudios Superiores de Moda en Casa Francia, en la colonia Juárez. En ese tiempo era una colonia oscura y digamos medianamente barata. Llegaba caminando a la escuela, me regresaba igual.

Ahí conocí al Pancho Anaya. Pronto se volvió mi mejor amigo. Era gay. Ya comenzaba a "vestirse", pero en esos años aún no era tan común declararse abiertamente. Siempre usaba botas, casi hasta las rodillas. Vestido con pantalón negro y a veces falda, estoperoles al cuello y ojos pintados. Él fue quien me invitó por primera vez al Chopo. Yo siempre tenía dinero y cuando podía le compraba cosas. Nos la pasábamos bien chilo. Una vez llegó a la escuela con unos ácidos. Era un jueves. Estábamos por graduarnos.

Fuimos a un festival de góticos. Yo siempre cargaba una botella de Absolut, él compraba los refrescos y las drogas. Después de la fiesta, me quedé dormida en el asiento trasero de su Jetta. Cuando desperté, le pregunté:

"¿A dónde vamos?. Vamos rumbo a Acapulco", me respondió. «Arre», le

dije.

Y se puso al Gary Numan. Los demonios me traducen:

Here in my car

Aquí en mi coche

I feel safest of all

Me siento seguro de todo

I can lock all my doors

Puedo cerrar todas mis puertas

It's the only way to live in cars

Es la única forma de vivir en coches

Terminamos en Tepoztlán, encontramos una casa vacía y nos brincamos. Tenía una alberca de esas pintadas de color verde. Compramos mucha cerveza y nos quedamos tres días ahí. El Pancho había invitado a uno de sus vatos; 'el Pop' le decían. Estuvo romanceando todos los días con él. Ni caso me hicieron. Yo siempre cargaba libros en mi bolsa, así que me la pasaba leyendo bajo el sol. Regresé negra. Las albercas no me gustan, no sé nadar, pero escuchar el agua me relaja. El Pancho y el Pop se pelearon, no se hablaron desde las seis de la mañana hasta las siete que salimos. Nunca les entendí la prisa, no era ni puente. En el camino el Pop se acordó de un rave, algo de un camino amarillo, pero estaba casi seguro que era en Huitzilac. En ese entonces no teníamos smartphones, ni Google Maps. Aún no conocíamos a Siri.

Nos metimos a Huitzilac. Primero fuimos a la tienda; la fila era enorme. Parecía un pueblo Raver, vestido a la usanza de aquellos tiempos: playeras brillantes, pantalones de manta en varios colores (manchados de lodo), muchos collares, lentes oscuros y descalzos. En ese tiempo eran ravers; luego vinieron los chaca ravers, el edm y ahora padecemos a los Tuluminatis.

Todos compraban agua. Distábamos mucho en apariencia de aquellos individuos. Íbamos de riguroso abrigo negro porque éramos darks o eso pretendíamos ser. Delante de nosotros estaba Irán Castillo, una reconocida actriz, guapísima por cierto, mejor conocida como 'Irán Pastilla'. Ella también pidió una botella de agua. Firmó un autógrafo (no existían las selfies) y se fue. Nosotros pedimos dos caguamas, una botella de agua y unos sabritones. Los abrimos y pedimos salsa. Cuando salimos, el Pop se encontró una bolsa de mandado. La revisamos y encontramos

un bulto extraño. Se sentía raro, como si estuviera lleno de collares. Al sacarlo se rompió y cayeron cientos de pastillas. Las recogimos y las guardamos. Eran aproximadamente trescientas.

Nos miramos a los ojos como en un brindis. Bingo.

Mientras, el Pancho, sin éxito, intentaba abrir su caguama. Entonces nos preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Las vendemos?

El Pop le arrebató la caguama, la abrió con los dientes y le tomó un poco. Yo les dije:

—¡No mameeen! Claro que sí goooey. ¡No sean putos!

El Pancho enojado me gritó: "¡Pinche Elisa, no nos vuelvas a decir así, no mames, ya te estás poniendo bien atoxxica!", al tiempo que se resignaba y decía "pero va, va, va, que se arme".

"Arre", les dije a regañadientes.

Nos dividimos el material. Regresamos al coche a guardar nuestros abrigos. En la guantera dejamos cien pastillas. Pagamos la entrada, en donde ni nos revisaron. El Pop se moría por probarla, pero se lo prohibí. El Pancho dijo que era muy importante catar la anfeta y le dio una pequeña mordida a una pastilla, parecían Armani. El Pancho, como siempre, "pancheteó" (término acuñado para cuando este individuo se ponía hasta los dedos y cometía algún tipo de tropelía). Tardamos más de cuarenta minutos en vender nuestra primera pasta, pero cuando eso sucedió, la mecha ya estaba encendida. Aún no llegaba el mediodía y ya llevábamos más de cincuenta vendidas. Los nativos locales ya se habían dado cuenta de lo que estábamos haciendo y supongo que alguien no estaba muy contento con la pérdida de ese guatote de éxtasis. En cualquier momento se iban a dar color. Teníamos 180 ventas al corte de las tres de la tarde. Decidimos parar la venta. Traíamos casi cincuenta mil pesos en efectivo que guardé en mi bolsa. En eso, el Pop me avisó que el Pancho se había metido a una pequeña laguna. No es momento para "panchetear", pensé en ese instante.

Intentaba llegar a tierra, en una lancha inflable. Llevaba un solo remo. Los ravers nadaban a su alrededor. Un labrador llegó hasta el bote y le quitó el remo.

—Seguro se terminó la pastilla, o debo asustarme; pensé.

Me recosté en el pasto y me sentí más tranquila. Me puse unos lentes

oscuros y me quité la playera para tomar el sol.

—Ya saldrá en algún momento éste idiota.

Sonaba Psychedelic trance, un ritmo hipnótico caracterizado por riffs repetitivos y melodías espaciales. Nunca había sido mi hit, pero me empezó a gustar. A lo lejos se veía un castillo, toda la fiesta ocurría a su alrededor. Seguramente era de un hippie, esos abundan por ahí.

El pantalón comenzaba a molestarme. Me quedaban solo dieciocho pastillas.

En la fila de la barra me encontré a una amiga y le regalé una.

—¿Y si me doy un cuartito? ¿Qué puede pasar?; me pregunté.

Me gustaba la euforia. Enloquecía con ella. Mientras esperábamos nuestro turno, dejé de entender a Sara. Mis demonios no podían traducirla, por muchos años me pidieron tiempo. "Hay que esperar", decían. "Debes ser paciente", siempre pensé. Ese domingo por supuesto que no les hice caso.

Pedí un whiskey doble con agua mineral y hielos. Disfrutaba mirando a las personas. Se veían felices. La oxitocina y vasopresina ya hacían efecto. No entendía porqué tenía la sensación de estar conectada con la gente a mi alrededor. Lo supe mucho tiempo después, cuando terminé la carrera técnica en enfermería.

Al estudiar el comportamiento de las hormonas, aprendí a dominar las mías. En esos tiempos pre pandémicos me era imposible.

Sara tenía un amigo israelí que nos llevó a conocer a los Dj's. Sus nombres eran Erez y Amit. El Pop ya me estaba buscando. No había leído ninguno de los tres mensajes de texto que me había enviado. El teléfono estaba en la bolsa junto con el dinero y el resto de las pastillas. Cada cuarenta segundos metía la mano y agarraba los billetes.

—¿Y si Sara me descubría?

Todos fumábamos y ellos hablaban en hebreo, no entendía nada. ¿Cómo es que los judíos llegaron a Israel, a expulsar a tribus nómadas, iguales a ellos? La marihuana nunca me ha gustado. Me hace pensar mucho.

Finalmente revisé mi Nokia -la pila le duraba hasta cinco días-. Pancho estaba afuera, comiéndose unos tacos de barbacoa. El Pop estaba junto al

coche, como un muerto dormido.

—¿Los muertos pueden estar dormidos?

Conocí a Sara en el funeral de su hermana gemela Shari. El ¨Rolas¨ había salido con ella y me pidió acompañarlo durante siete días; sobra decirlo pero comimos delicioso. Su familia era muy conservadora. Los domingos por la mañana tenía que salir con su maleta del deportivo y su raqueta de tenis para poder escaparse a los raves. A mí me daba mucha risa eso. Al Diablo más.

Los paisanos me habían aburrido, pero me la estaba pasando chilo en mi pedo. Al rave le quedaban unas tres horas más, así que le pedí al Pop que viniera a recoger el dinero. Media hora después se lo entregué. Solo tomé tres mil pesos para no pasarme.

Me fui por un trago y ahí me encontré al Robert, otra vez con nuestro muro de Berlín: la barra. Él estaba sirviendo cervezas. Tenía treinta años o estaba por cumplirlos. No me hizo mucho caso. Le empecé a gritar: ¨Ese Robert¨. Comenzaba a endemoniarme, andaba bien alacranada. Abrí mi bolsa y todavía me quedaban como unos mil quinientos. Pedí otro whiskey y un vodka para la Sara.

Hijos de puta. ¿Dónde chingados está mi cambio? Empecé a manotear. Los ravers en su pedo. Uno bailaba junto a mí, intentaba seducirme. Solo volteé la cara. Una chica me pedía que me calmara, apenas habían pasado dos minutos. Mi cambio ya venía en camino. No mames, qué pendeja. Teníamos como cincuenta mil pesos en el coche y estaba haciéndola de pedo por unos pesos, pero como me puse más loca, el Robert intervino. Alcanzó a reconocerme. Le dijo a sus compas que no había pedo, que me conocía. El Diablo se empezó a reír, pero a carcajadas. No podía entenderlo. Metí la mano a la bolsa, encontré mi iPod negro, el clásico. Me lo había regalado mi mamá, lo amaba igual que a ella. Increíblemente y en medio de esa discusión, saqué los audífonos y me puse a escuchar música. Giré y giré con el dedo, y apareció el Demon Days. Acababa de salir.

El Robert me hablaba, pero ya no lo escuchaba. Le veía los ojos y los dientes porque en ese tiempo no usábamos cubrebocas. Ahora en el hospital, llevo un N95. Sentía que era necesario darle un beso y lo hice. Me puse a reír de nuevo. Me acerqué más, puse un codo sobre la barra y con los dedos debajo de mi temblorosa quijada le pregunté: "¿Ahora sí vas a salir conmigo?"

Me dijo algo, pero no alcanzaba a oírlo, solo veía sus gestos. Me escribió su número en una comanda y lo guardé en la bolsa. Por fin encontré la pinche rola: Lovesong. Me dio el cambio y también los tragos. Le dije que al rato lo veía. Cuando regresé con Sara, le pedí al Dj, la rola de The Cure.

Primero todos rieron, luego me corrieron. El lunes siguiente me contaron que justo después, hubo un portazo y se robaron todo el equipo.

Capítulo 2

II Pre-pandemia.

Ciudad de México.

7 de septiembre del 2005.

El local del Robert fue un éxito durante los primeros años. Tribus de todas las clases se juntaban ahí: punks, anarcos, metaleros de distintas especies, darks, góticos y hartos chemos. El espacio era muy pequeño. Había un pasillo -que parecía más un chorizo- que llegaba hasta la barra (justo detrás la rockola, que solo podía programar el Robert, pagando por adelantado), periqueras pegadas a la pared y un calor extremo e insoportable durante la mayor parte del año. Las nubes de humo salían expulsadas a la calle como en un buque de vapor, la policía del barrio sabía lo que sucedía ahí.

El Robert no tenía mucho que ofrecerle a la autoridad, pero sus quinientos pesos y caguamas semanales siempre estaban ahí. Detrás de él, un enorme cuadro con sus dos puños en primer plano. Su rostro, en segundo plano, totalmente desenfocado. Se alcanzaba a leer I AM MY OWN GOD tatuado por partes en cada uno de sus dedos y en ambas manos (pulgar I, índice AM, corazón MY, anular OWN y en el meñique GOD). Eddie the Head (la mascota de Iron Maiden) colgada a su derecha, como el espíritu santo. Así lo conocí, con las manos sobre esa barra y las uñas pintadas de negro. Siempre le veía sus dedos y ese extraño tatuaje.

En esa época, yo tomaba mucho y me gustaba perderlo todo: desde el celular, pasando por la cordura y la razón. Eran tiempos raros, nunca hubiera imaginado la tragedia que viviríamos por un pinche murciélago. Ese quiróptero a veces me perseguía, igual que a Roberto. Me gustaba mezclar el "Hangar 18" con ácido. Normalmente veía murciélagos sentados en el Eddie. Se detenían a un lado del Robert. Un sábado a las cuatro de la tarde, hablamos por primera vez:

—¿Necesitas algo?

—No, gracias.

Muy nerviosa, me tomé lo que me quedaba del "Hangar 18" y por primera vez me atreví a mirarle los ojos negros. Llevaba botas hasta las rodillas, minifalda marrón y un abrigo de falso mink que me llegaba hasta los tobillos: Naranja Precaución. El metal siempre me fastidió. Es repetitivo y fundamentalista. Así me imagino a una banda de talibanes. Me dicen 'la Atoxxica', pero mi verdadero nombre es Elisa Cifuentes Rodriguez.

Si el bar "Tacuba" hubiera existido, sería el "Hangar 18". En ese lugar, todos los sábados se convertían en domingo. A las siete de la noche del sábado, el Robert armaba una promoción que duraba solo unos instantes. Por cinco minutos, ponía las chelas a ocho pesos. Todos se quedaban atentos al cronómetro digital que tenía arriba del Eddy. El Robert marcaba cinco minutos con quince segundos. Los metaleros ya estaban en guardia. Primero se aglutinaban cerca de la barra. El líder de cada tribu, recogía el dinero: 96 pesos igual a 12 cervezas. Las mujeres cerca del Robert. Como podían, los góticos se metían, a los chemos les valía un pedazo de mona lo que estaba por suceder. Los demás simplemente bailaban en la zona 2 (dos metros atrás de la barra). Por fin el Robert apagaba la música. Se preparó para el play de salida y puso a los Pantera. La de "Walk", su favorita. La cerveza se repartía en cubetas; los hielos volaban, la chela también. Eran unas Indios al tiempo. La casa nunca perdía. En eso empezó el primer pleito entre punks urbanos y metaleros. Los primeros siempre traían puntas. Vaya que eran ojetes.

Puro Veneno vil, el demonio va a estar muy triste (porque cuando andaba peda, me ponía a hablar con el diablo).

El Robert me regaló otro "Hangar 18". Intenté pagarlo, pero no aceptó y me lo tomé de un solo trago. Bebí aún muchísimo más. También tomé una pastilla que me regaló 'el Gorila'. Me cayó de huevos al principio, pero cuando me di cuenta ya unos chemos estaban encima de mí, me querían bolsear. Uno de ellos me metió la mano debajo de la falda. No los podía enfocar así que como pude le tiré un codazo al vato. Lo mandé al coño.

El primer puntazo se lo metieron al 'Pachis', sus amigos reaccionaron en instantes: agarraron del copete al punk y entre varios lo patearon. No fue

muy grave, el Pachis pudo seguir tomando. 'El Gorila' fue quien se dio cuenta de lo que yo estaba pasando. A un chemo lo sujetó del cuello y le dió un cubetazo en la cabeza. El otro se metió el susto de su vida y como pudo se le escabulló. Solo recuerdo su playera sucia y maloliente, de "Eskorbuto". Los olores nunca se olvidan. Cuando sus dedos estaban por tocar mi vagina sentí rabia, odio y sobre todo mucho asco. Mis demonios siempre me acompañan, así que cuando hablo con ellos, me tranquilizo. El diablo siempre me traduce:

Can't you see I'm easily bothered by persistance?

No puedes ver que me molesta tu persistencia

One step from lashing out at you

Estoy a un paso de golpearte.

You want in to get under my skin and call yourself a friend

Quieres meterte en mi piel y llamarme 'amigo'

I've got more friends like you, what do I do?

Tengo más amigos como tú, ¿qué hago ?

El Robert se quedó conmigo. Ese día no llegamos al domingo. Los corrió a todos por igual y cerró las cortinas. Entre la peda, y el mal viaje no podía parar de llorar. Los hombres no lo entienden, ni lo entenderán. Ni el Robert me captó, pero ese día me escuchó. Siempre supe que solo me quería coger. Me llevó hasta un sitio seguro de taxis que él conocía, lo pagó y me mandó a mi casa. No soporto el punk en español, pero desde ese día menos. ¿Existe el punk guadalupano? ¿Habían pensado en eso? ¿Por qué llevan escapularios y crucifijos colgados estos personajes? Para mí esos eran chemos y nada más, una tribu urbana para olvidar.

Procedente de Tijuana, llegué a la Ciudad de México en el 2002. Quería estudiar diseño textil. Tenía apenas 19 años, estaba en la flor de mi juventud. Mis papás me pagaban todo. No conocía a nadie. Me mandaron para acá porque la situación por allá estaba muy difícil. Muchos muertos, levantones y secuestros. El D.F. en ese entonces era una ciudad segura. No entendía sus ejes, ni las calles. Ahora sé que Bucareli se convierte en Cuauhtémoc y luego en Avenida Coyoacán. Me metí a estudiar al Instituto de Estudios Superiores de Moda en Casa Francia, en la colonia Juárez. En ese tiempo era una colonia oscura y digamos medianamente barata. Llegaba caminando a la escuela, me regresaba igual.

Ahí conocí al Pancho Anaya. Pronto se volvió mi mejor amigo. Era gay. Ya comenzaba a "vestirse", pero en esos años aún no era tan común

declararse abiertamente. Siempre usaba botas, casi hasta las rodillas. Vestido con pantalón negro y a veces falda, estoperoles al cuello y ojos pintados. Él fue quien me invitó por primera vez al Chopo. Yo siempre tenía dinero y cuando podía le compraba cosas. Nos la pasábamos bien chilo. Una vez llegó a la escuela con unos ácidos. Era un jueves. Estábamos por graduarnos.

Fuimos a un festival de góticos. Yo siempre cargaba una botella de Absolut, él compraba los refrescos y las drogas. Después de la fiesta, me quedé dormida en el asiento trasero de su Jetta. Cuando desperté, le pregunté:

"¿A dónde vamos?. Vamos rumbo a Acapulco", me respondió. «Arre», le dije.

Y se puso al Gary Numan. Los demonios me traducen:

Here in my car

Aquí en mi coche

I feel safest of all

Me siento seguro de todo

I can lock all my doors

Puedo cerrar todas mis puertas

It's the only way to live in cars

Es la única forma de vivir en coches

Terminamos en Tepoztlán, encontramos una casa vacía y nos brincamos. Tenía una alberca de esas pintadas de color verde. Compramos mucha cerveza y nos quedamos tres días ahí. El Pancho había invitado a uno de sus vatos; 'el Pop' le decían. Estuvo romanceando todos los días con él. Ni caso me hicieron. Yo siempre cargaba libros en mi bolsa, así que me la pasaba leyendo bajo el sol. Regresé negra. Las albercas no me gustan, no sé nadar, pero escuchar el agua me relaja. El Pancho y el Pop se pelearon, no se hablaron desde las seis de la mañana hasta las siete que salimos. Nunca les entendí la prisa, no era ni puente. En el camino el Pop se acordó de un rave, algo de un camino amarillo, pero estaba casi seguro que era en Huitzilac. En ese entonces no teníamos smartphones, ni Google Maps. Aún no conocíamos a Siri.

Nos metimos a Huitzilac. Primero fuimos a la tienda; la fila era enorme. Parecía un pueblo Raver, vestido a la usanza de aquellos tiempos:

playeras brillantes, pantalones de manta en varios colores (manchados de lodo), muchos collares, lentes oscuros y descalzos. En ese tiempo eran ravers; luego vinieron los chaca ravers, el edm y ahora padecemos a los Tuluminatis.

Todos compraban agua. Distábamos mucho en apariencia de aquellos individuos. Íbamos de riguroso abrigo negro porque éramos darks o eso pretendíamos ser. Delante de nosotros estaba Irán Castillo, una reconocida actriz, guapísima por cierto, mejor conocida como 'Irán Pastilla'. Ella también pidió una botella de agua. Firmó un autógrafo (no existían las selfies) y se fue. Nosotros pedimos dos caguamas, una botella de agua y unos sabritones. Los abrimos y pedimos salsa. Cuando salimos, el Pop se encontró una bolsa de mandado. La revisamos y encontramos un bulto extraño. Se sentía raro, como si estuviera lleno de collares. Al sacarlo se rompió y cayeron cientos de pastillas. Las recogimos y las guardamos. Eran aproximadamente trescientas.

Nos miramos a los ojos como en un brindis. Bingo.

Mientras, el Pancho, sin éxito, intentaba abrir su caguama. Entonces nos preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Las vendemos?

El Pop le arrebató la caguama, la abrió con los dientes y le tomó un poco. Yo les dije:

—¡No mameeen! Claro que sí goooey. ¡No sean putos!

El Pancho enojado me gritó: "¡Pinche Elisa, no nos vuelvas a decir así, no mames, ya te estás poniendo bien atoxxica!", al tiempo que se resignaba y decía "pero va, va, va, que se arme".

"Arre", les dije a regañadientes.

Nos dividimos el material. Regresamos al coche a guardar nuestros abrigos. En la guantera dejamos cien pastillas. Pagamos la entrada, en donde ni nos revisaron. El Pop se moría por probarla, pero se lo prohibí. El Pancho dijo que era muy importante catar la anfeta y le dio una pequeña mordida a una pastilla, parecían Armani. El Pancho, como siempre, "pancheteó" (término acuñado para cuando este individuo se ponía hasta los dedos y cometía algún tipo de tropelía). Tardamos más de cuarenta minutos en vender nuestra primera pasta, pero cuando eso sucedió, la mecha ya estaba encendida. Aún no llegaba el mediodía y ya llevábamos más de cincuenta vendidas. Los nativos locales ya se habían dado cuenta de lo que estábamos haciendo y supongo que alguien no estaba muy contento con la pérdida de ese guatote de éxtasis. En cualquier momento se iban a dar color. Teníamos 180 ventas al corte de las tres de la tarde.

Decidimos parar la venta. Traíamos casi cincuenta mil pesos en efectivo que guardé en mi bolsa. En eso, el Pop me avisó que el Pancho se había metido a una pequeña laguna. No es momento para "panchetear", pensé en ese instante.

Intentaba llegar a tierra, en una lancha inflable. Llevaba un solo remo. Los ravers nadaban a su alrededor. Un labrador llegó hasta el bote y le quitó el remo.

—Seguro se terminó la pastilla, o debo asustarme; pensé.

Me recosté en el pasto y me sentí más tranquila. Me puse unos lentes oscuros y me quité la playera para tomar el sol.

—Ya saldrá en algún momento éste idiota.

Sonaba Psychedelic trance, un ritmo hipnótico caracterizado por riffs repetitivos y melodías espaciales. Nunca había sido mi hit, pero me empezó a gustar. A lo lejos se veía un castillo, toda la fiesta ocurría a su alrededor. Seguramente era de un hippie, esos abundan por ahí.

El pantalón comenzaba a molestarme. Me quedaban solo dieciocho pastillas.

En la fila de la barra me encontré a una amiga y le regalé una.

—¿Y si me doy un cuartito? ¿Qué puede pasar?; me pregunté.

Me gustaba la euforia. Enloquecía con ella. Mientras esperábamos nuestro turno, dejé de entender a Sara. Mis demonios no podían traducirla, por muchos años me pidieron tiempo. "Hay que esperar", decían. "Debes ser paciente", siempre pensé. Ese domingo por supuesto que no les hice caso.

Pedí un whiskey doble con agua mineral y hielos. Disfrutaba mirando a las personas. Se veían felices. La oxitocina y vasopresina ya hacían efecto. No entendía porqué tenía la sensación de estar conectada con la gente a mi alrededor. Lo supe mucho tiempo después, cuando terminé la carrera técnica en enfermería.

Al estudiar el comportamiento de las hormonas, aprendí a dominar las mías. En esos tiempos pre pandémicos me era imposible.

Sara tenía un amigo israelí que nos llevó a conocer a los Dj's. Sus nombres eran Erez y Amit. El Pop ya me estaba buscando. No había leído ninguno de los tres mensajes de texto que me había enviado. El teléfono

estaba en la bolsa junto con el dinero y el resto de las pastillas. Cada cuarenta segundos metía la mano y agarraba los billetes.

—¿Y si Sara me descubría?

Todos fumábamos y ellos hablaban en hebreo, no entendía nada. ¿Cómo es que los judíos llegaron a Israel, a expulsar a tribus nómadas, iguales a ellos? La marihuana nunca me ha gustado. Me hace pensar mucho.

Finalmente revisé mi Nokia -la pila le duraba hasta cinco días-. Pancho estaba afuera, comiéndose unos tacos de barbacoa. El Pop estaba junto al coche, como un muerto dormido.

—¿Los muertos pueden estar dormidos?

Conocí a Sara en el funeral de su hermana gemela Shari. El ¨Rolas¨ había salido con ella y me pidió acompañarlo durante siete días; sobra decirlo pero comimos delicioso. Su familia era muy conservadora. Los domingos por la mañana tenía que salir con su maleta del deportivo y su raqueta de tenis para poder escaparse a los raves. A mí me daba mucha risa eso. Al Diablo más.

Los paisanos me habían aburrido, pero me la estaba pasando chilo en mi pedo. Al rave le quedaban unas tres horas más, así que le pedí al Pop que viniera a recoger el dinero. Media hora después se lo entregué. Solo tomé tres mil pesos para no pasarme.

Me fui por un trago y ahí me encontré al Robert, otra vez con nuestro muro de Berlín: la barra. Él estaba sirviendo cervezas. Tenía treinta años o estaba por cumplirlos. No me hizo mucho caso. Le empecé a gritar: ¨Ese Robert¨. Comenzaba a endemoniarme, andaba bien alacranada. Abrí mi bolsa y todavía me quedaban como unos mil quinientos. Pedí otro whiskey y un vodka para la Sara.

Hijos de puta. ¿Dónde chingados está mi cambio? Empecé a manotear. Los ravers en su pedo. Uno bailaba junto a mí, intentaba seducirme. Solo volteé la cara. Una chica me pedía que me calmara, apenas habían pasado dos minutos. Mi cambio ya venía en camino. No mames, qué pendeja. Teníamos como cincuenta mil pesos en el coche y estaba haciéndola de pedo por unos pesos, pero como me puse más loca, el Robert intervino. Alcanzó a reconocerme. Le dijo a sus compas que no había pedo, que me conocía. El Diablo se empezó a reír, pero a carcajadas. No podía entenderlo. Metí la mano a la bolsa, encontré mi iPod negro, el clásico. Me lo había regalado mi mamá, lo amaba igual que a ella. Increíblemente y en medio de esa discusión, saqué los audífonos y me puse a escuchar música. Giré y giré con el dedo, y apareció el Demon Days. Acababa de

salir.

El Robert me hablaba, pero ya no lo escuchaba. Le veía los ojos y los dientes porque en ese tiempo no usábamos cubrebocas. Ahora en el hospital, llevo un N95. Sentía que era necesario darle un beso y lo hice. Me puse a reír de nuevo. Me acerqué más, puse un codo sobre la barra y con los dedos debajo de mi temblorosa quijada le pregunté: "¿Ahora sí vas a salir conmigo?"

Me dijo algo, pero no alcanzaba a oírlo, solo veía sus gestos. Me escribió su número en una comanda y lo guardé en la bolsa. Por fin encontré la pinche rola: Lovesong. Me dio el cambio y también los tragos. Le dije que al rato lo veía. Cuando regresé con Sara, le pedí al Dj, la rola de The Cure. Primero todos rieron, luego me corrieron. El lunes siguiente me contaron que, justo después, hubo un portazo y se robaron todo el equipo.

Capítulo 3

III Post Pandemia.

Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia

Arthur C. Clarke

Ciudad de México.

9 de abril del 2022

Cuando el reloj da las seis de la mañana, ‘el Robert’ normalmente ya está despierto. Ya son las seis y cuarto y aún no logra ponerse en pie. Las pastillas que Doña Caro molió en su té la noche anterior, le bajaron la fiebre. Entre abre los ojos. En su buró, una Coca-Cola de a litro caliente, una Maruchan a la mitad y salsa Valentina etiqueta negra.

—Ay mijito así nunca te vas a recuperar— le dice Doña Caro.

El Robert por fin se despierta y atónito mira a la casera en su cuarto, calentando una olla con caldo de pollo en la parrilla eléctrica.

—¿Me puede prender el boiler?

Doña Caro que se caracteriza por siempre hacer comentarios picantes, le contesta “Ay mijo me andas albureando, ¿verdad?”

—¿Cómo cree señora? Ni que fuera ese Rafael Inclán que tanto le gusta.

Entonces, se levanta rápidamente. Se pone una playera del Cowboys from Hell. “Que discazo, a mis demonios siempre les ha encantado”.

Doña Caro, lo tranquiliza.

—Mijito, recuerda que hoy no circulas, es domingo.

Después de múltiples encuestas, votaciones y ejercicios democráticos, el ‘pueblo bueno’ decidió apoyar al partido. En el 2021, entró en vigor la Ley Federal de Regulación de Distancia Social, haciendo obligatorio el trámite de un DNI que reúne el registro legal, fiscal, social, sanitario y biomédico de todos los ciudadanos. De acuerdo a la curva de vulnerabilidad de contagio, son asignados días específicos de “Circulación Ciudadana”, para poder salir a la calle. El Robert lo tiene *crackeado*.

Doña Caro le da un aire a la Aretha Franklin. Hoy lleva un vestido entallado, color verde, cubrebocas “germen block” dorado y mica facial imitación Chanel. Tiene una gran voz, hay quienes dicen que canta como los mismos ángeles. Parece de Louisiana, pero es de Ciudad Nezahualcóyotl. Llegó a la colonia Portales después de la muerte de su marido, Jacinto Miravalle. Él fue un gran escritor, publicó un best seller y vivió de eso toda su vida. Se la pasó quejándose de los gobiernos en turno. No alcanzó a ver a Andrés Manuel en el poder. Durante el plantón de Reforma en 2006, repartía pasquines que redactaba en su máquina de escribir; también regalaba dinero y comida a quien se lo pidiera. Tampoco conoció al Robert.

Doña Caro le lleva el caldo, y se sienta junto a él.

—Roberto, lo que tú necesitas para curarte es escuchar otra música. Ya estás grande, para seguir con eso de los diablos.

Prosigue con su discurso, mientras sintoniza Amor 95.3 FM. Suena José Feliciano interpretando una versión de “Light my Fire”, de los Doors. Doña Caro levanta su mica facial y desliza suavemente su tapabocas, para cantarle muy cerquita. “Es una sensual hija de puta”.

Time to hesitate is through

El tiempo de dudar, ya pasó

There's no time to wallow in the mire

No es tiempo para revolcarse en el lodo

Darlin’ try only now we can only lose

Querido, inténtalo ahora. Solo podemos perder

And our love become a funeral pyre

Y que nuestro amor se convierta en una hoguera funeraria...

El Robert siempre le da largas a Doña Caro. Aunque es bastante mayor, tiene lo "suyo". Lo intimida. Hoy, al descubrirla por primera vez en su cuarto, lo puso especialmente nervioso. Ella pesa más de ochenta kilos. Tiene la misma estatura que Aretha, no es particularmente alta. Subió tres pisos por la escalera de servicio. Tuvo que mover a Dulcinea, cargando la olla. ¿Sabrá Dios cómo le hizo? Mis demonios tampoco saben.

Trabajó muchos años en un salón de belleza. El lugar se llamaba el "Oasis", muy cerca de Constituyentes y Reforma, en Monte Athos. Poco antes de la pandemia se quedó sin trabajo y puso una mini estética en su casa. No atendía a domicilio ni tampoco daba citas. Doña Caro es experta en tintes y uñas de gel. Al principio le fue bastante mal, no hizo mucha promoción. Sólo puso una cartulina amarilla fluorescente en la entrada de su casa y escribió: "Tintes y Uñas Caro", seguido de un mensaje muy contradictorio que se leía así: #QuédateEnCasa.

Durante la fase tres de la primera pandemia, el negocio repuntó. Todos los salones de belleza estaban cerrados. Los estilistas tenían miedo de salir. Los tintes comenzaron a escasear, hasta que un día una de sus clientas la encontró en Facebook, esparció el rumor y poco después todas comenzaron a visitarla.

Al Robert lo conoció en las Lomas. Él trabajaba un Uber. Muchas veces coincidió con él. De las Lomas a la Portales, por las noches. Y de la Portales a las Lomas, por las mañanas.

A Doña Caro siempre le gustó el Robert. Cuando lo conoció estaba rapado. Perdió su cabellera en un concierto de "Mesuggah"; se descalabró en el slam y le pusieron quince puntos. Se peleó con uno de los médicos, nunca permitía que tocaran su pelo. Finalmente entró en razón.

Aunque la mayoría de las veces, Doña Caro pedía que le cambiara a la música. El Robert no lo hacía. Ella no soporta el death metal, él no tolera la balada romántica. Al principio fue un problema, hasta que un día el Robert supo que había perdido la batalla, y simplemente le sintonizaba Amor 95.3 FM. Su estaciòn favorita. Eso para él, era como pegarle por la espalda. Aunque nunca lo va a reconocer, tiempo después comenzó a gustarle la música de Mijares.

El Robert pagaba cuenta. Tenía que juntar para pagar la gasolina y el coche. Aún así le salía, pero nunca dormía. Sólo paraba si tenía hambre o si estaba cansado. Le gustaba estacionarse en el Seven de Circuito Interior y Thiers. Cuando se despertaba, volvía a chambear. Le gustaba iniciar el día con *Sepultura* (Refuse/Resist a todo volúmen) y se fumaba

una piedra.

Su patrón lo descubrió en mayo del 2020, le quitó el coche y lo echó. Fue un golpe muy duro para él. En el Uber manejaba un Audi RS Sportback 2020. Era Uber Black. Se sentía en su lugar, "superior a los demás", como cuando escuchaba metal. Tenía bastante dinero ahorrado. En estos años le había ido muy bien. Aunque nunca juntó para comprarse el coche de sus sueños, un Ford Mustang Shelby Gt 500 modelo 1967. En la guantera del Audi siempre llevaba una botella de Jack Daniels. Casi no tomaba, pero lo hacía sentir mamalón y seguro de sí mismo. Rentaba un departamento en la Narvarte muy culero. La entrada estaba entre un puesto de tacos de guisado y el Metro Etiopía. Bastante pinche. Su timbre no servía.

Tenía cuatro muebles: una sala que se había ganado en una rifa, una cama matrimonial y un librero donde tenía todos sus cds ordenados en orden alfabético. Del AC/DC hasta los Zyklon. Los vinilos de Megadeth los atesoraba en un cofre, junto a su cama. No tenía tocadiscos. Un dia lo empeñó en una urgencia y olvidó pagar el refrendo. Cuando se acordó, ya lo habían vendido.

—El dinero del Mustang no se toca. Siempre decía.

El día que lo echaron de su casa, le marcó al Gorila, quien lo hospedó por un tiempo. Después de varias noches de fiesta, lo convenció de comprar un kilo y medio de cocaína. Le dejó el gramo en doscientos pesos y se aventó el tiro. Tuvo que ir hasta el estado de Guerrero a recogerla, casi en la frontera con Morelos. Se lo entregaron unos autodefensas. No tuvo ningún problema, jamás se topó con ningún retén. Si la hubiera cortado bien, le hubiera alcanzado para su Shelby, el depósito de un nuevo departamento, un tocadiscos y más. La ambición y la desesperación lo traicionaron. "La cagó". Equivocó los procedimientos y echó a perder la droga. "Kilo y medio a la basura".

En muy poco tiempo su estilo de vida se fue a la mierda; a los cuarenta y cinco y sin dinero. La vida puede ser muy violenta. Un mes después, recordó que Doña Caro rentaba un cuarto en su azotea, la llamó y le contó su situación. Ella le hizo el paro, pero le pidió que en un máximo de dos meses le pagara la primera renta. Y así sucedió.

Llegó a casa de Doña Caro con la cola entre las patas, con los cuatro muebles y sus discos. La sala no cupo en la entrada y se quedó afuera. Esta se convirtió en la sala de espera improvisada durante el auge de "Tintes y Uñas Caro". Primero subió el cofre, luego vinilo por vinilo. Los discos y su ropa los metió en una sábana y los voló hasta la azotea.

El Robert siempre jugó el papel de inalcanzable, desde ese día no le quedó más remedio que bajar la cabeza y esconder la cola. Siempre había sido

muy altivo con ella. Tiempo después comenzaron a entenderse.

Al llegar le llamó mucho la atención la cantidad de camionetas de lujo que estaban estacionadas sobre la calle de Bélgica. Doña Caro tenía un mercado cautivo de señoras de Las Lomas. La estética improvisada abría sus puertas desde las doce del día y hasta las siete de la noche, pero siempre cerraba cinco minutos antes de la conferencia de López-Gatell, el subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, en México. Estaba perdidamente enamorada de él y lo defendía a capa y espada.

Su clientela llegaba en vehículos de lujo. Siempre con choferes y guardaespaldas. Los empleados de estas señoras iban siempre con cubrebocas, en su mayoría de color negro que combinaba con el traje. Los morenos atrás del volante, doñas whitexicans en el asiento trasero mirando su celular y esperando su turno. Los vecinos creían que en el número veintidós de la calle de Bélgica había llegado a vivir un gran narcotraficante, pero nadie se atrevía a preguntar. El polarizado de las camionetas no les permitía mirar al interior. Las mujeres descendían y se dirigían directamente hasta la puerta. Algunas llevaban micas de la marca Chanel, otras preferían los tapabocas y guantes de Louis Vuitton. Eran mujeres importantes, esposas de grandes empresarios y políticos reconocidos de todos los colores. Todas odian a Luli, la poodle de Doña Caro. "Pero se aguantan, todas saben que para poner uñas y pintar el pelo, no hay mejor trabajo que el de ella".

Doña Caro fue injustamente despedida del Oasis. Ella siempre ponía la otra mejilla, al fin y al cabo, era sólo una empleada. Como Doña Caro decía: "A la dueña del Oasis, la castigó Diosito". La pandemia y la partida de su mejor empleada, provocó que se cerrara por completo ese lugar.

Después de mucho pensarle, el Robert compró a Dulcinea y se metió a trabajar al *Rappx*. Tuvo que comprar también su mochila. La bicicleta se la compró al Gorila con los últimos mil quinientos pesos que le quedaban. Quedó a deberle otros tres mil.

En el radio suena Plástico de Rubén Blades. Doña Caro sigue bailando, cada vez más sensual y con mucha proximidad al Robert. Le lleva un plato con caldo de pollo y lo pone sobre el buró.

—¿Y Susana?

—¿Cuál Susana? pregunta Doña Caro.

—Susana Distancia, responde el Robert.

—Es que a mí me gusta mas el Larry.

—¿ Cual Larry?

—El arrimón, y carcajea Doña Caro.

Roberto toma unas cucharadas. Le duele mucho la garganta y le cuesta trabajo tragar. Toma un poco más de caldo y se recuesta sobre su cama. Según los datos que muestra el teléfono inteligente de Doña Caro, la temperatura corporal de Roberto es mayor a los 37 grados. La tos vuelve y se le complica respirar.

En enero del 2022 liberaron *I-gnosis*, una aplicación que genera diagnósticos médicos inmediatos. A través de cuestionarios, medición de temperatura, frecuencia de la tos y hasta advertencia de manchas extrañas en el sistema pulmonar, arroja una gráfica circular. A la izquierda, un simple resfriado; al centro, pulmonía leve; y a la derecha, pulmonía severa. La manecilla comienza a girar muy deprisa, asemejándose a un metrónomo. Izquierda-derecha y derecha-izquierda. Al detenerse da un resultado y una flecha señala tu probable y fatídico destino.

Después de extrañas negociaciones con el gobierno, el app fue expropiada por supuestos intereses de sanidad pública. Ahora cada diagnóstico es informado al Gobierno. Los demonios están preocupados, irán tras el Robert. Lo llevarán a un campo de cuarentena. No quiere morir ahí. Su hack ya no jaló, la volvió a cagar. Al autoinspeccionarse, encendió las alarmas del barrio. El Robert tiene que huir. Es ahora o nunca, dicen los demonios “Piensa en tu nena, piensa en tu ex, vámonos limpio”. Es sin miedo al éxito.

Capítulo 4

IV Pandemia.

Ciudad de México

22 de Abril del 2020

Llevo prisa, tengo muchas cosas que hacer hoy, en quince minutos mi esposo Leobardo estará libre. Por fin estaremos juntos. ¨Pero que pinche mal tino, que recupere su libertad en medio de una Pandemia Global¨, estuve contando los días desde hace tres meses. Ya quiero vivir con mi *Morri*. Estoy a dos minutos de llegar, eso me marca el *Waze*, hice menos de cuarenta desde Tacubaya. La Ciudad de México decidió encerrarse desde ayer. Salí tarde, y además me paré en la glorieta de Vaqueritos para tomarme una *selfie*. El silencio aturde. Sigo mi camino. El coche lo acabo de sacar de la agencia, y hoy también tengo que pagar la primera mensualidad. Cierro la puerta y activo la alarma. Corro al reclusorio, apenas si tengo tiempo. No me gustaría que cuando salga, no me vea ahí. Al llegar a la puerta veo que no ha salido, y termino de arreglarme. Me pongo labial, y me quito los *airpods*. Me gustaría seguir escuchando esta canción, ¨*I could be wrong I could be right.*¨ No sé como se llama, pero me gusta. Abren la puerta del reclusorio, a Leobardo lo acompaña un custodio. Se dan un abrazo de despedida y luego extiende su mano para saludarme. Creo que no sabe qué hacer con tanto espacio. Me acerco y lo abrazo. Aún no termina de despedirse de Jacinto. Ambos llevan cubrebocas.

Me viene otra canción a la mente, de *Morrissey*. Los demonios la cantan y me aturden. Nos besamos.

We are the pretty petty thieves

Somos los hermosos y pequeños ladrones

And you're standing on our streets

Y tú estás parado en nuestras calles

Where you was the first of the gang

Donde yo fui el primero de la banda

With a gun in my hand

Con una pistola en mi mano

And you the first to do time

Y el primero en cumplir una condena.

A Leobardo le dieron diez años por homicidio imprudencial y portación de arma exclusiva del ejército. Ese día yo iba manejando, chocamos contra una combi. Veníamos bien *ondeados*. Matamos a dos personas. El arma la había guardado en la cajuela, y olvide sacarla antes de que llegara la policía. Leonardo se echó la culpa por un crimen que no cometió. Por eso le jure lealtad. Desde ése día, ando clean. No he vuelto a tomar, ni a drogarme. Los demonios se han quedado quietos. La oscuridad duró más tiempo del esperado. No veía la luz, pero no se preocupen. No me hice cristiana. Nunca llegué a tanto.

Siempre pensé que iba a morir pronto, pero mirenme aqui, sigo viva. Aún no pertenezco a ningún grupo vulnerable: no tengo sobrepeso, ni diabetes, mucho menos algún padecimiento respiratorio. Además soy enfermera, y me hacen pruebas todo el tiempo. Al llegar al hospital siempre me toman la temperatura; luego lavo mis manos, por un minuto o a veces dos, según la canción. Reviso las comisuras de mis dedos, limpio mis uñas, enjuago, tomo una servilleta, seco mis manos y con ese mismo papel cierro la llave. Lo hago bien.

Caminamos hacia el coche. Según las indicaciones sanitarias publicadas el día de ayer, esta calle debería de estar desierta. Pero es imposible pedirle a esta gente, que se quede en su casa. Necesitan trabajar. Hay puestos de: dulces, cigarros, refrescos, aguas, tacos de canasta, sopes y quesadillas. Me encantaría invitarle unos tacos a mi Morri, pero en plena fase tres, ni pensarlo. Siento pena y tristeza, en este momento, no tengo tiempo para celebrar nuestra libertad. Será hasta mañana, en el que será mi día libre y también su cumpleaños.

Elisa Cifuentes Rodríguez también se sintió encerrada durante estos diez años; cada semana, cada martes, y siempre a las tres. La culpa me acercó al verdadero Diablo, entendí que Dios no desempeña ningún papel en nuestras vidas, y por eso solo creo en las fuerza motora de mi alma. Intento adorarme. No me mal entiendan, tampoco soy satánica. Es que cuando hablo con mis demonios, me explican todas éstas cosas, y a veces, me ayudan a entender el mundo que me rodea. Ustedes creen en *Harry Potter, y Game of Thrones* ¿no? pues yo pienso diferente. Y no creo en los finales felices. This is not a lovesong.

Cuando Leobardo cumplió tres años en prisión, decidimos casarnos. Fue una gran boda comunal, nos juramos amor eterno frente a más de

cincuenta parejas. Hubo pozole, carnitas, tostadas, tamales, y muchos litros de jamaica. Yo metí mezcal, tachas y una lavadita de piña que me pidió el *Mazinger* (uno de los testigos de mi marido), un roba autos con el que Leonardo hizo amistad desde que entró a la cárcel, se hicieron inseparables. Mi Morri es muy amiguero. Lo salvó de varias.

Las pastillas las traía pegadas al velo, el perico debajo de las uñas de gel, el mezcal si me lo encontraron (pero por ser mi boda, me dieron chance) con la obligación de regalarles un traguito.

Solo Dios y mis Demonios saben como lo hice. Pero díganme ustedes: ¿ Quién no perdonaría a una novia vestida de blanco ?

Nunca había vestido en otro color que no fuese el negro. Me lo pidió Leo, y se lo cumplí. Y ahí estaba, nerviosa, rodeada de guerreros frente a un juez. Algunos ya por cumplir sus penas, a la mayoría de ellos, ni siquiera les habían dictado una. Nunca pensé en casarme, mucho menos en una cárcel del tercer mundo; ése que habitan los desposeídos, los que supuestamente tienen un lugar asegurado en el reino de los cielos.

Cuando empezó el Vals, la fiesta comenzó a calentarse. Sonaron ¨*Las maravillas de la vida*¨, de los Ángeles Azules. Fuimos los primeros en pasar a bailar. Todos miraban mis ojos verdes, y mis largas piernas que resaltaban con la falda corta. Mi velo oscuro, y la joya negra que llevaba en el pecho, también dió mucho de qué hablar. Me la regaló mi padre, brillaba como un arma azteca. La canción que bailamos la escogí yo, porque me trae muchos recuerdos con Leo. Se la pedí a Jacinto. El además de custodio, tiene un Sonidero y fue padrino de música. A mis demonios no les gusta la cumbia, y se quedaron callados. No me dirigieron la palabra en toda la celebración. Pensé en defraudarlos. Pero desistí. Los demonios no me tradujeron ni una palabra:

Amor no quisiera herirte pues tu bien

sabes cuanto te quiero

Necesitamos darle tiempo al tiempo

Porque no quiero que empecemos mal

Pero bien que lo primordial

de nuestra unión es el amor

Y por ello hay que hacerlo bien

para tener un bonito hogar

Por eso ahora no puede ser,

enfrentar la vida es madurez

Y nos falta poco para contemplar

las maravillas de la vida

Por eso ahora no puede ser,

enfrentar la vida es madurez

Y nos falta poco para contemplar..

Ese día no me tomé ni un trago, solo disfruté de la vida. Jacinto desde la cabina del *dj*, nos felicitó muchas veces al micrófono.

– ¨Saludos, saludos para Leo y Ely¨ *(con mucho reverb)*

Estaba muy emocionado por Leobardo. Todo iba muy bien hasta que en su borrachera, sacó su arma y disparó al aire. Dieron por terminada la celebración.

En media hora tengo que recoger unas cajas de cubrebocas *N95.* Los estamos vendiendo por diferentes zonas de la Ciudad al menudeo. En la clínica tenemos suficientes, no nos harán falta. Los hospitales privados tampoco los necesitan. Los vendemos en tiendas de abarrotes, papelerías, puestos de revistas, etc. Es un gran negocio, obra de la mente maestra de Luis Miranda alias el ¨Luismi¨ dueño de la Clínica Montemiranda donde trabajo. Un gran hampón.

Es un clínica muy cara. Estamos ubicados en una casa muy grande de la colonia Roma Sur, muy cerca del Hospital Dalinde. Sobre la calle de Manzanillo, casi a un costado de Baja California. A solo una estación del metro Centro Médico. Operamos de manera ilegal, aunque no clandestina. Ahora estamos recibiendo muchos pacientes infectados de *Covid 19*. Mientras pongan el dinero por delante, les buscamos cama. Estamos a dos pacientes, del *sold out* (jajajaja), mis demonios me han dicho que yo también debo de tener un lugar junto a ellos en el infierno, no debo expresarme así de los enfermos. El Luismi me enseñó a verlos como un

número, que genera más números. Y ahorita tenemos las arcas llenas. Pedimos $350,000 pesos de entrada. Todo lo demás se cobra aparte. En la clínica Montemiranda, trabajan especialistas del Centro Médico, Dalinde y de todos los hospitales de los alrededores. Les pagamos por hora, y ellos ajustan sus horarios.

Antes los demonios me provocaban inestabilidad. Ahora tengo el alma fría, no me estreso.. todo a su paso. Estoy juntando mucho dinero, espero escapar pronto.

Suena el teléfono, es mi madre. ¨Está preocupada por mí¨. Me pide que me cuide muchísimo. Le digo que estamos bien. Le repito que no hay gente cerca de nosotros y que el riesgo de contagio, es mínimo. Llegaremos en dos horas a la casa. Parece quedarse tranquila. La entiendo, ella está muy asustada porque mi esposo vivirá con nosotros. Está aterrada con el virus. Por eso le preparó un cuarto especial para que se mantenga en cuarentena, mientras descarta la presencia del covid-19 en su cuerpo, ella no sabe nada de medicina, pero cree saberlo todo. Prometí a mi madre, no besarlo. Igual ya lo hice, no tiene por qué enterarse. Tampoco podremos dormir en el mismo cuarto. Estoy segura de que me veré con él, a escondidas por las noches.

Mi mamá es controladora, y nos estará checando, seguro que me desinfectará cada vez que esté en contacto con mi Morri, pienso que ¨se vale¨, estamos en fase tres. Mis demonios me informan: ¨que para el sábado 9 de mayo, tendremos casi 750 mil infectados rondando por toda la república¨. Lo publicarán el New York Times, El País, y el Wall Street Journal. El gobierno lo negará, e infiltrará reporteros en sus conferencias para rechazar los hechos. En este instante, trescientos mil de ellos, andan por las calles sin cuidarse, sin saberse infectados y contagiando a más gente. Tocan los tubos del metro, detienen sus manos en los mostradores de las tiendas, escupen, estornudan, tosen, fuman en las calles, comen caminando, se arremolinan en cualquier esquina y después de éstas estúpidas conductas, morirán. Mi mamá siempre tiene razón.

Hace un año que Leonora, mi madre, llegó a vivir conmigo. Yo la cuido y le ayudo en todo lo que puedo. Mi papá murió en el 2010, de un paro cardiorespiratorio, en un hospital allá en Tijuana. Cuando mi papá se puso grave, mi hermano Héctor comenzó a buscarme, le llamo a todos mis amigos y enemigos, para encontrarme. Tres días después a través de Sara, pudo localizarme. Estaba con el Pancho, el Pop, Galilea y Leobardo. Llevábamos tres días guardados en un *aferrafter*, bien denso. A Gali, y a Leo los había invitado el Pop. Yo no los conocía, ellos estudiaban arquitectura en la UNAM. Aunque el sueño de mi Morri, siempre fue ser piloto de carreras. Era la primera vez que salían juntos, Galí fue quien recibió la llamada. Inmediatamente después, me preguntó si yo era Elisa.

Y me pasó a Sara.

– ¿ Cómo estás amiga?

– Bien y tu ¿ que pedo?

– Chido.. Oye Ely, tienes que irte a Tijuana.

Después de un silencio larguísimo y muy incómodo; se atrevió a decirme:

– Tu papá está muy grave. Llámale a Héctor .

Y le colgué.

Me quedé helada y comencé a llorar. Leonardo se ofreció a llevarme a casa por mi celular y mis cosas. Lo había dejado ahí, desde hace varios días. En cuanto lo encontré llamé a Héctor, me dijo que mi madre ya me había comprado un boleto de avión y que me esperarían allá. Leobardo se quedó esperando en la sala. Me metí a bañar, como pude guarde la ropa en mi maleta , y nos fuimos al aeropuerto. Llegamos una hora y media antes de la hora de abordaje. Nos tomamos un café en el *Starbucks*, y platicamos de cualquier tontería. El quería tranquilizarme, la verdad en ese momento no pude escucharlo con atención. Pero me gustó, y le dí mi teléfono. Quedamos en hablarnos en cuanto regresara. Cuando aterricé en Tijuana, mi papá ya había muerto. Ya iba vestida de negro. Regresé a la Ciudad de México, dos meses después.

Enciendo el coche, y fijo una dirección en mi teléfono: Calle Majuelos # 30. Me tomará veinte minutos llegar hasta ahí. Leonardo habla mucho, no puedo ponerle mucha atención. Tomo la avenida Martínez de Castro hasta Camino Real, de ahí llego hasta Antiguo Camino a San Pablo, y en menos de diez minutos estaremos ahí. Los paquetes apenas si caben en el coche, algunos los metemos entre la cajuela y asiento. El resto los lleva Leobardo encima. Tengo media hora para entregarlos en la clínica. Antes de encender el coche, le pregunto a Leobardo:

– ¿Quieres manejar?

– No, mi amor, por ahora no.

– ¿ De verdad? La ciudad está vacía. Si quieres puedes correrlo por el periférico, como antes.

– No, me respondió muy seco.

– Ok.

Avanzamos por Anillo Periférico, para luego meternos al segundo piso. Leonardo mira con asombro un ciudad que ya no se parece a la que él conocía; aire muy limpio,negocios cerrados, calles y avenidas desiertas.

– ¿ Ahora cuántos millones somos? me pregunta.

– ¡ Un montón ! más de veinte. Mientras miro como sube los pies al tablero y reclina su asiento.

– Pensé que éramos muchos más. ¿ Y donde están ahorita?

– En sus casas, bien pinches asustados (me carcajeo).

Salimos por Viaducto y por fin llegamos a la calle de Manzanillo. Llegamos a la clínica, y Leobardo me ayuda a descargar las cajas. Las dejamos en el jardín. Firmo de entregado, y me despido del portero. Tengo que llevar a Leobardo a casa y regresar a trabajar. Mi turno empieza a las tres de la tarde. Tenemos mucha chamba. Al día de hoy, las autoridades reportan 1351 muertos en todo el país. Según mis demonios, deben ser al menos, unos cinco mil más. Ayer me tocó despedir a un par; el primero era un hombre muy grande y obeso, no lo pudimos intubar bien, y se nos fue. Pesaba muchísimo, lo levantamos entre cinco enfermeras y dos doctores. También se nos fue Clara, una mujer con diabetes e hipertensión. Lo intentamos todo, pero no pudimos hacer mucho por ella. Llevaba tres días entubada.

En la clínica Montemiranda si dejamos entrar familiares. Se quedan en el jardín. Les hacemos firmar un contrato y entran a despedirse bajo su propio riesgo. Es un servicio extra que se cobra aparte. Las proyecciones del Luismi, apuntan a que para mediados de mayo, ya no tendremos camas disponibles. Para la siguiente semana tendremos habilitada una nueva casona con 40 camas más. Los respiradores extras los va a rentar. Un amigo suyo, conoce a un¨*culero*¨ del gobierno al que le llegaron desde China, directo hasta su bodega. Al parecer los compraron en Jalisco, pero ¨pusieron mal la dirección¨, y llegaron a Iztapalapa. Apenas tendremos tiempo para instalarlos.

Enciendo el coche, y pongo a los Arcade Fire. El Morri, se anima a manejar. Le doy las llaves y cambiamos de asiento. Mis demonios nos traducen:

All those wasted hours, we used to know

Todas esas horas perdidas, que conocíamos

Spent the summer staring out the window

Pasábamos el verano mirando la ventana

The wind it takes you where it wants to go

El viento te lleva, a donde quieras ir

First they built the road, then they built the town

Primero construyeron el camino, luego el pueblo.

That's why we're still driving around and around

Por eso seguimos conduciendo, y dando vueltas..

Mi mamá nos está esperando. Preparó su famoso pollo ¨a la coca cola¨. Leobardo parece sentirse seguro en el coche. El eje tres, parece una pista de carreras. Normalmente a esta hora, estaríamos detenidos en un tráfico infernal. A las tres de la tarde, la ciudad debería estaría detenida entre millones de coches. Cuando llegamos, le indico donde estacionarse. Lo hace a la perfección. Esperó diez años para estar libre. Sin embargo le viene lo peor, vivir con su suegra en medio de una peste. Por estos meses, solo cambiará el escenario de su encierro.

Al llegar mi madre abre la puerta, seguramente estuvo pegada a la ventana. Siempre dice que detesta a Leo, pero seguro que tiene ganas de estar acompañada, aunque sea por un ex presidiario. Me queda muy poco tiempo para estar con ella. Ahora todos están encerrados. Yo no. Tengo que trabajar y me quedan muy pocas horas al día para descansar. Aún me queda un turno de doce horas.

Han pasado cuatro horas. Me imagino a mi esposo en su cuarto de cuarentena y a mi madre en el suyo, seguro no se han dirigido la palabra aún. Leobardo sabe que para salir de su dormitorio, tiene que llevar cubrebocas y guantes de latex. Espero que busque a su familia, no ha sabido nada de ellos en diez años.

Son las 8 am. Finalmente terminó mi turno. De camino a casa paro a comprar un pastel de chocolate. No tienen velas, mejor, ¨mi mamá nunca hubiera permitido que le soplara al pastel¨.

Hoy mi Leo cumple 33 años, igual que Cristo al morir.

Capítulo 5

V Post- Pandemia

Ciudad de México

10 de abril del 2022

Cuando el reloj da las seis de la mañana, el Robert ya está escondido en un edificio a tres cuadras de su casa. Lo llevó el Gorila -sigue estúpidamente confiando en él-. Tan solo lleva un poco de ropa y claro, a Dulcinea. Trae el *look* de *Alice Cooper* (cuero, estoperoles y la playera del *Thrash*), pero se siente como *Dave Mustaine* cuando lo corrieron de *Metallica* y, además, con fiebre. En las redes también inicia el juicio en directo al expresidente Felipe Calderón Hinojosa. Hace apenas una semana que lo encontraron en un pueblo perdido allá en Holanda; un lugar llamado Nijmegen. "Lo estuvieron merodeando un comando de drones durante casi un mes". Al momento de atraparlo, salió corriendo. Iba borracho, y por supuesto detrás de él, Margarita, su esposa. Los detuvieron a ambos. No tenían ni para dónde correr.

Mis demonios me cuentan que a finales del 2020, el Robert se infectó por primera vez de *Covid 19*; estuvo entre la vida y la muerte, durante casi un mes. Sobrevivió. Después inhaló su primera vacuna -que le duró seis meses más- hasta que se infectó de nuevo. Sin síntomas, lo descubrieron en un control sanitario callejero y lo mandaron a la cuarentena. En ese lugar adquirió otra peste que tarda un año en incubarse. Hasta la fecha no hay cura y es altamente contagiosa. Este coronavirus ya es resistente al agua con jabon. Por eso lo están buscando. Es el paciente *cero*. Eso solo mis demonios, el Gobierno y él lo saben.

Lleva tres horas encerrado en un baño, tiene frío y miedo. No soporta la oscuridad ni el olor que despide la cloaca. Tiene que esperar hasta que reciba el siguiente mensaje. Tuvo que deshacerse de su antiguo celular. No puede permitir ni la mínima posibilidad de ser localizado. Al Gorila le dijo que lo buscan por un *"compita"* que se echó, pero eso no es cierto. La fiebre no baja y de manera intermitente cae y despierta. En ocasiones este coronavirus puede transformarse, te hace sentir bien, relajado, hasta con ánimo y fuerza, pero solo es por ratos, luego aparecen los dolores en los huesos, el vómito, las náuseas. Es más parecido a una enfermedad crónica; los síntomas graves aparecen al final. El Robert lucha contra la incertidumbre de algo que no conoce. Sabe que después de la fiebre,

vendrán otros síntomas desconocidos.

Cuando se levanta choca contra un lavabo, abre una llave y bebe un poco de agua, luego se moja la cara. En un breve espasmo de lucidez, llama a casa de sus padres. No le contestan. Le queda poca batería, prefiere no seguir usando el teléfono. Debe ser precavido, la policía sanitaria puede estar por ahí cerca, prefiere no hacer ningún ruido. Llevan perros entrenados para detectar gente enferma. Nunca van armados, solo llevan aparatos inteligentes con los que generan multas, y órdenes de confinamiento. "Si te atrapan, tu vida no vuelve a ser la misma", las mordidas son imposibles de pagar.

Es la primera vez en mucho tiempo que no puede escuchar música, aunque lleva solo unas horas sin ella, extraña hacerlo. Ahora debe imaginarse sus canciones favoritas.

Durante los últimos días, el Robert había estado escuchando a *Zeal&Ardor* , una banda de black metal nórdico, con influencias de música negra. "Ellos llevaron el género a otro lugar", le gusta decir. Mis demonios le aconsejan que vuelva a llamar a sus padres. Finalmente le contestan. Murmura un poco, apenas si puede hablar.

–Hola, ¿Quién es?

–¿Cómo estás, Ramiro? Soy tu carnal.

–Bien, qué gusto oírte. ¿Dónde estás?

–Me anda persiguiendo el Gobierno.

–No mames carnal. Vente pa' acá.

–¿Cómo está mi papá?

–Por fin se fue. Le pegó a mi mamá y nos lo madreamos entre Ramón y yo. Casi lo matamos. Si quieres ya puedes volver.

Después colgó.

Recibe el tan anhelado mensaje. Lee una dirección: Toltecas 166, Carola, San Pedro de los Pinos, Álvaro Obregón, 01180 Ciudad de México, CDMX. La llave está debajo de una maceta afuera del Seven Eleven que está en la entrada.

Se imagina *Passenger* de *Iggy Pop*. Recuerda su infancia al lado de su padre: Roberto Núñez Brown; él le enseñó a andar en bicicleta. Camina inseguro al salir a la calle, avanza a su paso. Pedalea entre calles aún semidesiertas. Llegando a Churubusco, esquiva a la policía sanitaria. Dos

minutos después, Dulcinea tiene una molestia. Al mirar atrás, localiza el problema. La cadena se atoró en el tercer disco de la llanta trasera y debe detenerse a repararla. A menos de un kilómetro de distancia empezarán los cercos sanitarios, estos serán los más difíciles de cruzar. Están alrededor del centro de la ciudad. De un año para acá, se han convertido en una fortaleza de pesadilla. "A esta hora de la mañana, hay que andar muy trucha". Normalmente cruzar un calle era peligroso, en el 2022 es una batalla épica. Debes voltear izquierda, derecha y viceversa. Debes reconocer qué tipo de personas están a tu alrededor. Los que llevan cubrebocas blanco son personal médico, nadie más puede portar ese color. La policía sanitaria usa el verde claro. La Guardia Nacional, azul marino. El personal de Gobierno, rojo oscuro. Los encargados de recoger cadáveres, rosa mexicano." Llevan casi siempre logotipos de las funerarias, pero también pueden pertenecer al Servicio Médico Forense o simplemente son personal de limpia que está autorizado a recoger cuerpos".

En sus Caretas Inteligentes llevan códigos *QR*, por si deseas realizar alguna queja o sugerencia. Asimismo si encuentras un muertito en la calle, puedes llamar para que alguno de ellos pase a recogerlo, según sea el caso. Como mexicanos siempre hemos estado orgullosos de nuestros rituales frente a la muerte. El Día de Muertos es reconocido internacionalmente. Este probablemente será el tercer año sin poder velar a nuestros familiares y amigos. Nos los entregan en urnas. No sabemos a ciencia cierta si son ellos o no. Pareciera como si hubiéramos escogido tapabocas negro en señal de luto.

Las llantas de la bicicleta avanzan entre cubrebocas tirados y muchas mujeres. El Robert aprovecha para escabullirse entre la masa, la policía ya ni siquiera se acerca, ya bastante tiene luchando contra el crimen organizado y las autodefensas populares.

Esta manifestación partió desde Calzada de Tlalpan y en este momento cruza Churubusco. Son morras de todas las edades. En Google el significado de "morra" se refiere a una joven, niña o muchacha. También puede ser mujer, enamorada o amante. En Guatemala es una lesbiana. En Honduras, son zorras o golfas. En Puerto Rico solo es aburrimiento "ando con mucha morra", en el norte decimos: "andamos amodorrados". Las chicas así andaban,"amodorradas" hasta que ya no soportaron más e iniciaron su lucha con pintas en las calles (eso no les funcionó). Después lo destrozaron todo. Cuando dejaron de anunciar sus marchas, el Gobierno jamás pudo seguirles el paso. En el 2020 aún seguían por la misma ruta, se juntaban en el Ángel y de ahí caminaban hasta el Zócalo. Después de la primera pandemia ya nada volvió a ser igual y reaparecieron con mas furia.

En el primer aniversario del *9M*, quemaron la torre del BBVA. Mis demonios no han podido explicarme bien como le hicieron, pero la

incendiaron entera, de la planta baja hasta el piso cincuenta. Lo hicieron en la madrugada y afortunadamente nadie salió herido. El país colapsó.

Las autoridades aún no encuentran culpables. Descubrieron que comenzaron reuniéndose en pequeños grupos, y que se comunican a través de *tags* callejeros.

Mis demonios se refieren a ellas como "el enjambre", y es que prácticamente funcionan igual. Unas salen a buscar nuevas colmenas y otras se quedan en casa. Las abejas forman enjambres para multiplicarse. Ella salen cuando el calor o el espacio las molesta. Lo mismo ha pasado con nosotras, este sistema ya no nos pertenece, y estamos buscando otro. El Gobierno aún no ha podido reponerse del primer ataque, siguen pasmados. Nadie sabe cómo controlar al enjambre. Sara siempre ha querido que me una a la *compañía*. Aún no se bien que hace ahí, rara vez anda en las marchas, pero siempre me avisa con antelación donde no debo estar, parece adivina. El enjambre viste de morado.

Robert pasa cerca de Sara, está a punto de chocar con ella, no alcanza a reconocerla. Una de las cuatro mujeres que la escoltan, evita el contacto rociándole un gas desinfectante. Inmediatamente intenta retirarlo del contingente. No está permitido el ingreso de hombres. Sara interviene, y le pide a la Delfi que se detenga.

–¿Robert?

–¿Sara? Mientras tose y se talla los ojos, alcanza a ver el arma que porta la Delfi en su pantalón.

–¿Estás bien?

–Pues... Aquí andamos, ¿y tú?

Sara advierte que el Robert se encuentra muy mal y convoca a sus compañeras para que lo revisen. Salen por un momento del convoy. Aparece por primera vez la Mary, una de las mujeres más allegadas a Sara. Le toma la temperatura y le hace una sencilla prueba.

–Señora, el masculino está infectado.

–Pidan una unidad y llévenlo a la colmena azul.

–Entendido.

Mis demonios saben que Robert y Sara tuvieron sus *ondas*. Estoy segura que esta cabrona se lo cogió en el rave de Huitzilac, pero bueno, ya fue.

Llega una *Voyager* blanca y mientras Sara abre la puerta, su escolta carga al Robert y lo suben con todo y bicicleta. La conduce Josefa, una señora de avanzada edad y muy bien vestida. Cruza el contingente, tocando el claxon. Se mete por calles contiguas y se encuentra con el primer retén; éste pertenece a una lideresa de tianguistas. Josefa de manera muy amable les muestra una pequeña charola digital y le permiten el paso. Abre su bolsa, y les obsequia cien pesos para el chesco.

(En la Ciudad de México: los pobres pusieron retenes, los ricos casetas de vigilancia y el Gobierno cercó la ciudad. Nos robaron pedazos de México).

Se detienen en unos tacos callejeros. Josefa baja con muchísimo cuidado, anda muy mala de una pierna y no quiere volverse a lastimar. Se estacionó en Avenida del Taller y Potam. En la televisión de la taquería, transmiten en vivo el primer juicio del expresidente Felipe Calderón Hinojosa, quien niega cualquier acusación en su contra. Se le ve distraído en el juzgado, tiene la mirada perdida y a veces se queda dormido. En una pleca gráfica, debajo de la imagen del juicio, aparece una encuesta: ¿Culpable o Inocente? Va ganando culpable, con más de 3 millones de votos.

El primer testigo es Luis Cárdenas Palomino. Sigue trabajando en *TV AZTECA*, pero ahora como un presentador de casos de la vida real sobre asesinatos y detectives. Su programa se llama Misterio 2022-911. Nervioso, acusa a Calderón y niega cualquier vínculo delictivo con el expresidente.

Josefa abre la puerta corrediza y le ofrece unos tacos al pastor con piña al Robert.

–Te los pedí con todo, mijo. Sigue tomando ese suero y come algo en lo que llegamos a nuestro hospital.

Al Robert le vuelven las pesadillas. Escucha helicópteros. Sueña la silueta de un guitarrista que lleva colgada una *ESP* color blanco nieve. Le siguen varias explosiones; cuatro médicos lo examinan, visten de blanco y llevan el rostro cubierto. Apenas y se les alcanzan a ver los ojos. Se levanta e intenta caminar dentro de la camioneta, se golpea la cabeza y cae sobre Dulcinea. Se da por vencido. Del otro lado de la ciudad, el Gorila intenta sin éxito comunicarse con él. Lo está esperando en un centro comercial abandonado que ahora administra. Debido a las restricciones de afluencia en el pasaje del sistema de transporte público y a los infinitos controles de sanidad impuestos por el Gobierno, viajar desde los extremos de la ciudad al centro, se volvió una odisea. Los obreros no pueden darse el lujo de ir y volver a sus casas. La mafia aprovechó la crisis y convirtió los centros comerciales y edificios abandonados en hoteles de paso para los trabajadores. Sin luz y sin agua, solo rentan por horas sus espacios mugrientos. Les llaman los *catres calientes*. Son inmundos focos de

infección.

Casi al llegar al antiguo aeropuerto de la Ciudad de México, le abren paso a la *Voyager*. Entra por espacio, entre un montón de piedras. Este solo será un momento para cambiar de vehículo. Aparecen personas con pasamontañas, caretas polarizadas y totalmente vestidos de negro. Abren la puerta y con mucho cuidado lo bajan a una camilla, que después introducen en una carroza fúnebre antigua a la que llaman "La Peste". Lo cubren con una bolsa negra y cierran las puertas.

Aparece por primera vez Karen "la más oscura de todas las muchachas". Enciende "La Peste" y se dirige rumbo a la colmena azul. Le gusta pisarle fuerte y ama a *Metallica*. Siempre los escucha. Hoy puso el *And Justice for All*. Estarán ahí en diez minutos. Se quita la careta y enciende un cigarro. El humo y la bolsa pueden matar al Robert, pero lo que verdaderamente lo está asfixiando, es el sonido de Metallica. No se malviajen, aún no se muere...

Capítulo 6

VI Pandemia

Ciudad de México

27 de Mayo del 2020

Hoy hace exactamente un mes y cinco días que Leonardo está en mi casa, pero los perros rabiosos siguen ladrando en mi cabeza. Están hambrientos, desesperados y coléricos. No hay suficiente comida para alimentarlos. La peste los escondió y el confinamiento los está matando. Andan buscando cadáveres podridos para comer. Las ambulancias los aturden de noche y de día. Lo que antes eran vías para millones de coches que transitaban por esta gran ciudad, ahora se han convertido autopistas exclusivas para las ambulancias. A veces me imagino que recogen a personas al borde de la asfixia; esta chingadera no respeta.

Algunos de mis ex compañeros de la carrera están muy asustados. A cualquiera nos puede tocar, no hay precaución que sobre y no hablo solamente del peligro hospitalario, sino del miedo que cala hasta los huesos cuando caminas por la calle, vestido de personal médico. Nos han estado atacando. A mí me cuidan los demonios, pero también me secretean al oído lo violento que puede ser un animal hambriento de justicia y lo peor "es que ni siquiera saben que eso es lo que están buscando". A una de mis asistentes en la clínica le quemaron la puerta de su departamento con alcohol. La despertó el olor del tapete de yute incendiándose. Eran las tres de la mañana. Sabe que sólo uno de sus vecinos pudo haber sido. Mis demonios se encargarán de él.

En mi departamento la terapia es grupal: mi madre, el ex presidiario y yo. Lavamos trastes, barremos y desinfectamos. Apenas estos dos comienzan a entenderse.

La cuarentena que le impuso mi madre a Leonardo fue brutal. No le permitió salir de su cuarto más que para sus necesidades básicas. La comida se le dejaba junto a la puerta, cual si fuese un calabozo. Fueron quince días de pesadilla. Mi morri tuvo que usar guantes, tapabocas y careta hasta para salir al baño. Tuvo muchos enemigos en la cárcel, pero como mi madre, ninguno. Él lo tomó con calma, vio este proceso como una terapia. Durante quince años compartió su cuarto y baño con cinco personas. Esto para él es un resort de cinco estrellas.

Leonardo es un maniático de la limpieza, es obsesivo y compulsivo. Se ha convertido en nuestro mayordomo: limpia ceniceros, lava platos, ropa y

tiende camas. Mi mamá comienza a confiar en él, pero sigue culpándolo de cualquier cosa que suceda en casa.

Son las ocho de la mañana, enciendo un cigarro para despertar. Reviso mis redes. No se me ocurre ninguna frase interesante para postear, así que tomo café y luego *selfie*. Me apuro para salir a la calle, me visto "normal", (pantalón, blusa sin escote, tapabocas negro y careta). Ya en el coche, me disfrazo de enfermera. No quiero problemas con los rabiosos ni con los libidinosos.

Debo estar en la clínica a las 10:00 am, además tengo que pasar a entregar dos millones de pesos en efectivo a una de las bodegas. Desde hace dos semanas que traigo bolsas repletas de billetes a la casa. Es claro que mi jefe cree mucho en mí. Sólo así podría entender que le confíe todo a su jefa de enfermeras; aunque la verdad ya sólo muevo dinero porque la enfermería como tal se esfumó, pero el Luismi prefiere que siga vestida así en la clínica para no despertar sospechas. Por ahora veo a pocos pacientes, me estoy encariñando con algunos. Mis demonios me ayudan a descifrar sus mensajes. Ellos están intubados y no se pueden comunicar conmigo.

En la clínica vendemos de todo, tenemos remdesivir, hidroxicloroquina y cloroquina. Obvio al mayoreo ya hasta en el ABC nos están comprando. Somos el cártel de la salud, pero nuestros jefes están allá arriba. Ni pregunten quiénes son, porque ya saben que esa gente suele sentarse sólo en sillas grandes. Además también distribuimos al menudeo en más de 200 puntos alrededor de toda la ciudad. Al Luismi le encantaría vender plasma, pero ya *#toomuch*, no nos damos abasto. Además de que la aventura de las inhumaciones no nos salió muy bien. Perdimos varios cuerpos, pero gracias a mis demonios pudimos encontrarlos.

Si no viviste en este país durante la pandemia quiero explicarte algo. Los infectados registrados por la Secretaría de Salud hay que multiplicarlos por ocho. Otros dicen que por veinticinco y los más pesimistas por cincuenta. Ya estamos en el medallero. Parecía que teníamos en Hugo a un gran líder que evitaría la catástrofe, pero lamentablemente otra vez, nos quedamos en octavos, a un pasito del quinto partido.

Aprendí a mirar estas estadísticas sólo como un número, que me está generando más números y muchos dividendos. Sin embargo ya no puedo mas.

–¿Qué soy? ¿Enfermera? ¿Socia? ¿Esposa? ¿Hija? ¿Culera?

Estos días han sido muy difíciles, trabajo sin parar. Envidio a la gente que trabaja en sus casas, a los que toman cursos, a los que hacen yoga, los que beben desde el martes, a los que empezaron un jardín en su azotea, pero sobre todo a los que despiertan al mediodía. Sin embargo me

reconforta que en mi casa ya se respira paz, -aunque yo siempre les llevo la quejas-. Estoy a punto de ser esa Marge Simpson que detuvo el tráfico. Me urge Rancho Relaxo. (remember you can't spell relaxo, without relax)

El día del cumpleaños de Leonardo le regalé un *Iphone SE*. Así fue que empezó a narrar sus vivencias en el Instagram; lo hizo en estos pequeños intervalos de video que se conocen como historias, ha tenido el cuidado de no mencionarme. La gente ha comenzado a seguirlo, ya tiene sus fans. En las transmisiones en vivo que realiza desde nuestra habitación, se hace llamar Encierro Martínez. La gente le cuenta anécdotas de sus confinamientos y siempre escucha, no juzga. Le mandan videos de cada una de las alcaldías de la ciudad y él los comparte. Aunque muestran poco, dicen mucho y por eso entiendo porqué se identifican con él.

– Vaya historia ¿no?

Al llegar a la clínica un Audi casi me choca y me bajé emputadisima a hacerla de pedo. Ya ustedes saben que exploto a la primera. El conductor se baja muy rápido y directo a abrir la puerta trasera, le grito y ni me pela. Lo insulto. Cuando abre la puerta, alcanzo a mirar a una mujer de edad avanzada asfixiándose. Sin pensar en las consecuencias de este acto, acudo a ayudarlos. Mientras la saca del coche, reconozco esa playera negra del *Chaos AD de Sepultura*, en un flash me doy cuenta. "No pinches mames, es el Robert". Seguro que ya es chofer de Uber. "Qué clasista", dicen mis demonios. Uno de los enfermeros que viene llegando corre a ayudarlo y pronto llega una camilla y oxígeno. Afortunadamente al Robert le tocó este viaje. No creo que nadie más se hubiese aventado el tiro. Ya en urgencias, doy el visto bueno y proceden a internarla. Le pido a Roberto que pasemos al laboratorio para que nos desinfecten. Sigue en shock. La encontró tirada en la calle, con el celular en la mano. La ruta de viaje terminaba aquí.

Nos acostamos en las planchas especiales para desinfección del personal. Uno de nuestros enfermeros nos pasa por la luz *UVC*. Nos costó un dineral este servicio, pero vale la pena. Ambos estamos nerviosos. Para romper el hielo, le pregunto estúpidamente:

–¿Quieres hacerte una prueba? Tenemos un chingo, te la regalo.

Cortante y nervioso me contesta.

– No, gracias. Ya me tengo que ir.

–Y bueno, ¿Cómo te ha ido?

–Acá de chafirete, ya sabes, el Hangar murió.

–Pues yo casada y de enfermera, ¿Cómo ves? Me veo cool ¿no?

Tocan la puerta y mientras el Robert y yo bajamos de la plancha, el Luismi entra.

– Oye mijita, me urge que te subas a la oficina. Tenemos un "pedote". El Luismi levanta la mano, se arregla el copete, y alcanza a decirle adiós al Robert aunque no lo conoce. Me apuro y sin querer nos damos un beso en el cachete de despedida. Nos miramos a los ojos, el Robert comienza a reírse.

–Chale, la regamos.

–No pasa nada. Le dije.

No resistimos la tentación y nos abrazamos. Me fui corriendo a la oficina.

Al entrar veo al contador Paco muy preocupado, por más que disimule, el sudor chorreando por su frente lo delata. Debe ser por algo muy gordo. Desde que conozco a este señor "se le van las cabras". A los 58 años apenas si le entiende a la compu y al excel, sin embargo lo admiro porque día a día lucha contra la facturación electrónica y el portal del SAT; cuando eso pasa tartamudea y grita. Le quedan dos años para retirarse. La verdad no está en el lugar indicado para seguir vivo y lograrlo, pero lo necesitamos aquí. Por eso ha montado un cubil plastificado a su alrededor, además de una valla que le permite guardar " su sana distancia" con todo el personal. El contador Paco ama el dinero, por eso sigue en la clínica. Además no tiene familia y vive solo. Ya veremos después de la pandemia, pero por ahora va ganando. Mis demonios dicen que logrará retirarse, pero morirá solo en las Vegas.

Luismi abre por fin el pico.

–Nos acaban de congelar las cuentas. El jefe de arriba quiere dos kilos para liberarlas. ¿Cuántos tienes en tu casa?

–Solamente uno y ¿tú? ¿Cómo vamos a pagar el embarque de medicinas? Tú sabes que esos pinches chinos, no se andan con mamadas.

Luismi enciende un nevado. Se queda como detenido en el tiempo sin ninguna respuesta.

Volteó al cubil del contador Paco y apenas y lo distingo. Su fortaleza plastificada está totalmente empañada. Tartamudeando, susurra:

–Nos acusan de delincuencia organizada.

–¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!. (el olor del perico quemado no me deja pensar).

Tengo dos mensajes nuevos. Le doy scroll, uno es del Robert y otro del Leonardo. –Me lleva la chingada, lo que me faltaba. La ansiedad me vence y le doy una calada. Dejaré escapar mi cuerpo y mente hasta que esto acabe:

"Ayer una tal María le mandó un mensaje al Encierro Martinez desde Tlanepantla. Su madre padece esclerosis múltiple y eso nunca fue un obstáculo en su vida hasta que su padre se contagió de Covid-19. Cuando se enfermó el señor Raúl, decidieron aislar a su madre para no contagiarla. Sabían que el hospital sería la muerte, así que acudieron hasta que ya no hubo más opción. Al llegar al hospital Issste de Naucalpan, no pudieron vencer a la burocracia y su padre murió en la sala de espera. Nunca apareció su número de cuenta y eso que tenía mil 560 semanas cotizadas. No les permitieron llevarse el cuerpo. Se los dieron cuatro días después porque lo perdieron en la morgue". Eso me lo dijeron mis demonios.

El discurso de Leonardo es luminoso y le está brindando esperanza a cientos de personas que viven el encierro. Desde presos, hasta mujeres violentadas durante el confinamiento. Ha creado una comunidad alrededor de sus ideas. "Sin razas, ni prejuicios", siempre les recuerda.

A esta etapa la llama *Station to Station*, en referencia al disco que editó David Bowie en 1976. El Robert detesta a Bowie, mi morri lo lleva tatuado en el alma. Aunque Leonardo equivoca los datos más trascendentes de la vida de David Robert Jones, también tiene la gran habilidad de acomodarlos a su antojo y normalmente giran alrededor de él. Este periodo para él es sólo una transición entre lo que vivió en el reclusorio y de lo que vendrá ahora y después.

Durante ese periodo David Bowie llegó a vivir a Los Ángeles y su vida se convirtió en un caos, lleno de excesos y cocaína. Se obsesionó con el ocultismo y llegó a ver cuerpos en las ventanas de su casa en Bel Air. Muchas de las canciones que grabó para ese disco, ni siquiera recuerda cómo las hizo. Aquí apareció por primera vez el Duque Blanco, tal vez por eso ayer Leo me pidió una tela blanca, supongo quiere confeccionarse un traje.

Sin embargo el *Station to Station* de mi marido, desafortunadamente lleva muchos minutos más que los treinta y ocho que dura ese disco, para él, son las semanas que pasó encerrado en prisión; el abuso y el escalofrío que produce ponerle una pausa de quince años a tu vida. Afortunadamente ya estamos en la última canción. Mi favorita. Los

demonios dicen que no es necesario traducir *Wild is the Wind.*

Love me, love me, love me, love me

Say you do

Let me fly away

With you

For my love is like

The wind

And wild is the wind

Wild is the wind

Give me more

Than one caress

Satisfy this

Hungriness

Let the wind

Blow through your heart

For wild is the wind

Wild is the wind

You

Touch me

I hear the sound

Of mandolins

You

Kiss me

With your kiss

My life begins

You're spring to me

All things

To me

Don't you know you're

Life itself

Like a leaf clings

To the tree

Oh my darling,

Cling to me

For we're like creatures

Of the wind

Wild is the Wind..

Ya luego vendrá la trilogía de Berlín. Lo que no sabe Leonardo, es que en esa etapa también se debe incluir *The Idiot, de Iggy Pop.* Y ese es el disco favorito del Robert.

Capítulo 7

VII Post Pandemia

Ciudad de México.

11 de abril del 2022

El día 11 de abril del 2022, me bajaron de la *Peste* y me trasladaron a *La Colmena*. Ya casi no podía respirar. Inmediatamente llegaron unas chicas con una especie de pequeña granada que administraba oxígeno. Mientras la presionaban, sentía que mi alma volvía al cuerpo: "Ya me les iba".

Mila, quién conducía la carroza donde me escondieron, me ayudó a salir. Aún siendo tan delgada pudo cargarme sin problemas. Después llegaron *Jacobo y Mara*, los encargados de este hospital clandestino feminista el cual se encuentra ubicado en un complejo de edificios abandonados dentro de La Colmena. A esta zona de la Ciudad han venido a morir o a intentarse salvar los más desprotegidos. No es un hospital covid, ni de nuevos y desconocidos brotes virales, *La Colmena* le da prioridad a las mujeres violentadas. Pero aún así el riesgo de contagio es altísimo, así que la policía ni se acerca. Al entrar y ver a todos los médicos armados. sentí miedo. En el primer predio abandonado se presume que hay fosas clandestinas. No sólo echan personas fallecidas por los nuevos brotes, también a muchos enemigos de todos los bandos. Desde políticos incómodos hasta rivales de pandillas contrarias. Algunos son los muertos de este hospital, a los que nadie reclama, de los que nadie se acuerda. Aunque intentan darles santa sepultura, ya no hay donde echarlos y tristemente van a parar ahí también. En otro predio hay fiestas, también clandestinas. Los que asisten a ese lugar, saben que también van a morir. Les importa un bledo infectarse, ansían el contacto humano, son suicidas. A este lugar se le conoce como el *Cementerio de Elefantes,* en honor a los bares bolivianos donde la gente bebe hasta la muerte. Tienen música, bebida, drogas y cuartos para terminar de irse. Están prohibidas las caretas, los cubrebocas y toda la parafernalia viral.

Al entrar al nosocomio, alcancé a ver unas celdas. Reconocí a *Don Meche*, que se retorcía de dolor, mientras dos mujeres lo torturaban. No sobrevivió, días después me enteré que luego de correrme del bar, se convirtió en el prominente líder de una célula de trata de blancas. *Sara* siempre lo tuvo en la mira, hasta que decidió darle piso.

Nunca estuve inconsciente, pero sí hubo lapsos desde mi traslado hasta esta cama, que borré por completo. No sé cuánto tiempo pudo haber pasado, el reloj da las siete con veintidos minutos de la mañana, el sol

entra por una de las largas ventanas de *La Colmena* y me despierta lastimando mis ojos. Noto que aún respiro, aunque artificialmente. El cuarto no está vacío, me acompañan dos chicas que resultaron heridas en una de tantas batallas vs. el Gobierno. Una pantalla plástica nos aísla. No puedo contagiarlas. Las escucho platicar entre ellas. Han sufrido mucho. Las dos sobrevivirán. *Jacobo*, el médico en jefe, nos está cuidando. *Sara* también ha estado muy al pendiente de nosotros. Ella se unió al movimiento después de años de maltrato familiar. La obligaron a casarse con un desconocido y un buen día se cansó de estos tratos y mató a su esposo. Estuvo muchos meses escondida hasta que formó uno de los movimientos más feroces que ha conocido la Ciudad de México.

Yo la conocí en Huitzilac, un pinche pueblo raver pa' la verga. Me la cogí detrás de la barra, el portazo nos agarró en el acto. Esa pinche güera se me antojó desde que la vi. Las judías me prenden bien cabrón. Elisa siempre lo supo, aun así me marcó quince días después del rave y comenzamos a salir. El viaje siempre fue claro, seríamos sólo fuckbuddies. Veíamos películas raras, ciclos de cine de aquí, de allá y de todos lados. Ella me llevó por primera vez a la Cineteca Nacional y me enamoré de ese lugar. Ella hablaba inglés, yo no. Siempre me traducía las canciones. A ella se las murmuraban sus demonios, o eso le gustaba hacerme creer.

Me gustaba parecer fuerte, si no me enamoraba, jamás me volverían a lastimar. Yo le hacía mis propios ciclos de cine en mi casa y en el que fue mi bar. Cumplí mi primera fantasia con ella; me apoderé del personaje principal de "*Satánico Pandemonium*". La primera película que vimos juntos y luego mil veces más. Le dije que yo iba a ser como ese demonio que tentó a la monja y que finalmente la poseyó. A Elisa no pareció molestarle la idea y me preguntó si ella sería esa mujer. Le respondí que sí. Hicimos muchas cosas malas. Pero también jugábamos a los ruidos, después de coger y rendidos, nos daba por imitar animales.

Sigo sin entender cómo ella siendo tan fresa pudo estar conmigo en ese tiempo. *Elisa* era casi una niña, cuando anduvimos. Por eso siempre accedía a lo que le pedía, sinceramente la manipulé hasta que le rompí algo muy adentro, tal y como lo hicieron conmigo en algún otro momento. No le gustaba que le lamiera la vagina porque le daban incontrolables ataques de risa. Aún no soporto la idea de que alguien más la haga reír de esa manera.

Tiempo después comenzamos una banda, a la que por supuesto le pusimos ¨*Los Fuckboys*¨; el *Gorila* en la batería, *Eli* en la voz y yo en la guitarra. Nunca logramos nada, sonábamos mas feo que *Los Procesadoras* y vaya que es mucho decir. Estuvimos en un festival en el bosque, no fue ni Dios Padre. A sugerencia de Eli abrimos con un cover de *Last Friday Night* de *Katy Perry*, en versión punky trashera. Tocamos en un escenario súper chingón. Desafortunadamente sólo nos vio el fundador del festival, la banda que seguía de nosotros y dos perros que se pelearon mientras

duró nuestro concierto. La culpa fue de un pug que comenzó a morderle los huevos a un gran danés que soportó los primeros embates, hasta que no aguantó más y le dio la arrastrada de su vida. Recogimos nuestras cosas, en medio de la granizada más cruel de la historia del rock mexicano. Después de eso, sólo recuerdo a *La Bestia* (así le decían al dueño del festival), despidiéndonos con un cigarro mojado en la mano. Estaba tan apenado que nos consiguió un show en el mejor lugar para tocar de la Roma. El tal *Chamuco* (dueño del lugar) se puso bien pendejo y nos dio un martes. Sólo nos vieron los empleados del lugar y los amigos de la *Elisa*, ella se puso de la verga porque nunca se escuchó su monitor. Aventó el micrófono al poco público que teníamos y se fue. Ya traíamos pedos. Fue por sus cosas a mi casa y nos mandamos a la verga por primera vez. La hija de la chingada aprovechó un descuido y se llevó el vinil de *The Idiot*.

Para mediados del 2020 empecé a soñar con ella. Siempre en conciertos de *Iggy Pop*, a los que me invitaba *Cristina*, una mujer que conocí justo después de distanciarme de la *Atóxxica*. Al terminar el show me voy a la barra por un whiskey y ahí está *Elisa*, esperando su turno detrás de mí, siempre peda y entachada. Aunque siempre enfoco una y otra vez me cuesta verla, pero su voz no me engaña y me doy cuenta que está platicando con un cabrón. Yo nunca puedo hablar. Me cuesta mover las mandíbulas (aunque la entachada sea ella)

No sé qué hacer. Le quiero decir: ¨Hola¨, pero ni esa sencilla palabra puedo hilar. Sólo alcanzo a sentirme la mierda más miserable del mundo. Termina el sueño mientras beso a *Cristina* pensando en *Elisa* que en cada sueño se ve más guapa.

Los sueños también provocan pinches escalofríos culeros. ¿Sí conocen esa sensación? Es una parálisis del sueño. Según la mitología griega esta parálisis puede ser provocada por demonios que toman la forma de una mujer atractiva para seducirnos durante nuestros sueños o pesadillas.

Esos eran los tiempos del *Uber*. Los de dormitar afuera del *Seven Eleven* de Thiers. Los de encender piedras para despertar y los de trabajar sin parar hasta caer rendido al alba. Recuerdo que un pendejo quiso asaltarme en la madrugada. La Ciudad de México estaba desierta. Jamás había visto algo así en toda mi vida. Todos se guardaron.

El presunto ladrón me amenazó de frente con una pistola. El semáforo en rojo. Un hombre de bien, parecía. Alguna razón habrá tenido para cometer semejante estupidez. Le temblaba la mano. Disparó y no logró atinarle al único coche que tenía frente a él. Le pise y lo atropellé. Nadie me vió. Me arrepentí y lo aventé en un hospital.

En mi cama aterrizan palomas con mensajes atados. *Mila* es quién los recoge. Estoy seguro que se los pasa a *Mara* y ella a *Sara*. Del otro lado

de la ciudad, está *Doña Benjamina*, la otra lideresa. Ella controla todo el ambulantaje ilegal de la ciudad. Tiene abejas obreras por doquier, dispuestas a incendiar sitios en un instante. Están dispersas, pero cuando se juntan forman estos enjambres violentos. En la marcha donde me encontraron, fueron rescatando mujeres explotadas en Tlalpan. En el camino, mataron y colgaron a sus padrotes. A algunos los encerraron en cuartos de hotel y los quemaron vivos amarrados a sus camas. Estas mujeres rescatadas están recibiendo atención médica y psicológica en *La Colmena*. Pronto serán nuevas soldadas del ejército morado.

Desde hace horas que miro a las chicas con atención y me imagino que están planeando un golpe maestro. Tengo un dolor de cabeza intenso. Siento que la piel me quema. Se derrite lentamente. Las uñas de mis manos y pies se han vuelto moradas. Mi fiebre no cesa y mi oxigenación está muy baja. Por más que intento, no tengo fuerza para que entre más oxígeno a mis pulmones. Me administran opiáceos para el dolor, cloroquina, antiinflamatorios y un nuevo mix de fórmulas que sigue en experimentación.

A lo lejos escucho a los *Type O Negative*. O eso quiero creer. Me gusta la música oscura. También soy 0 negativo. Seguro es una de las fiestas del Cementerio de Elefantes la que musicaliza esta gran marcha fúnebre. Yo aún no estoy listo. La voz de Peter Steele retumba en mi cabeza. Lloro. Alguien alcanza a tomar mi mano. Me siento seguro. La canción es Love me to Death.

In her place one hundred candles burning

En su casa, 100 velas se consumen

As salty sweat drips from her breast

Mientras sudor salado escurre por su pecho

Her lips move and I can feel what they're saying, swaying

Sus labios se mueven y siento lo que dicen, balanceándose

They say the beast inside of me's gonna get ya, get ya, get…

Ellos dicen que la bestia que llevo dentro, te atrapará

Black lipstick stains her glass of red wine

Su lápiz labial negro mancha su copa de vino tinto

I am your servant, may I light your cigarette?

Soy tu esclavo, podría encender tu cigarrillo?

Those lips smooth, yeah I can feel what you're saying, praying

Esos labios suaves, si puedo sentir lo que dices, rezando

They say the beast inside of me's gonna get ya, get ya, get…

Ellos dicen que la bestia que llevo dentro, te atrapará

I beg to serve, your wish is my law

Ruego para servirte, tus deseos son órdenes

Now close those eyes and let me love you to death

Ahora cierra esos ojos, y déjame amarte hasta la muerte

Shall I prove I mean what I'm saying, begging

¿Debo demostrar que lo digo en serio? ¿Rogando?

I say the beast inside me's gonna get ya, get ya, get…

Digo que la bestia dentro de mí, te atrapará

Let me love you too

Déjame amarte también

Let me love you to death

Déjame amarte hasta la muerte

Hey am I good enough

Hey, ¿acaso soy lo suficientemente bueno?

for you?

¿Para ti?

Hey am I good enough

Hey, ¿acaso soy lo suficientemente bueno?

He pasado largas horas en delirio constante. Aunque el dolor del esofago es insoportable para mi cuerpo, pareciera que poco a poco siento menos. Me giran por completo para intubarme. Sé que no he sido bueno y quizá de alguna forma lo merezco. Comienzo a dejar de controlar mis manos, que intentan asir objetos y tocar las sábanas. Perdí el gusto y olfato sin darme cuenta así que ni siquiera puedo oler el aroma a cadáver que despido. Ahora el aleteo en mi cama no es de las palomas sino de una par de zopilotes frente a mí, de pronto deciden dejar de mover sus alas para mirarme el rostro. Es terrorífico el miedo que siento al verlos. ¿Y si quisieran comerse mis ojos?

Esta será mi última cita y llegaré puntual. Imagino cientos de estaciones de un tren cruzando por ríos y montañas. Voy perfectamente vestido a la usanza antigua: zapatos negros y perfectamente boleados, sombrero de ala ancha y un traje oscuro. No llevo corbata ni moño. En la última parada se encuentra la estación Mictlán. Llevo a Dulcinea conmigo aunque camino descalzo entre fiambres y cenizas. Puedo sentir el polvo meterse entre mis dedos y uñas. Reconozco por fin haber estado molesto con esta vida, la que fue mi larga agonía. Descargando culpas en los demás. Y es que siempre me pregunté: ¿Por qué a mí? Y no hablo de esta enfermedad que terminó por asfixiarme el alma, ya de por sí oscura. Pienso en los recuerdos que ni siquiera tengo, camino a la última estación. Los días que dejé pasar, el arrepentimiento que tengo ahora, lo siento en los pies. Conforme avanzo la ceniza se vuelve ardiente y pesada. Cuesta trabajo caminar entre los restos de una vida. Cuando mis manos y pies dejaron de darme para hacer algo mejor, simplemente seguí por años una infeliz rutina.

Borré mi infancia. Un total *blackout*. De mis padres ni hablar, de mis hermanos muy poco; simplemente la historia de como cual perros falderos de mi padre, un buen día desconocieron a su amo y lo hirieron de muerte. Lo peor es que lo dejaron huir, lastimado y sangrante, pero al fin y al cabo terminó escapando. Mi madre siempre muda, sentada en su mecedora, mirándonos estoica, sólo esperando un mejor final para nosotros. Así nos formó: ¨sin sentimientos ni emociones¨.

Hoy mismo me daría gusto ver a mi padre para pedirle un favor. El de verlo muerto. Me encantaría encontrarlo tirado en un canal. Sin embargo no creo tener tanta suerte. Seguro que ya encontró a quien hacerle la vida imposible –como nos la hizo a nosotros-.

Este proceso es inevitable, agradezco esta agonía corta. Intento hacer las pases con Dios. Nunca creí en él, pero ahora mismo y como un niño intento hacer una última negociación con él. Olvidemos el pasado, hagamos un "borrón y cuenta nueva". Le explico de manera amable que aunque no pienso volverme cristiano ni mucho menos, si podríamos llegar

a un acuerdo. Le hago un resumen a detalle de lo que fue la vida de un cobarde:”Rezándole con miedo a la oscuridad y rogando por un pedacito de luz al final del túnel”.

Las cenizas se convirtieron en fango. Mi espíritu en polvo. *Elisa* alcanzó a llegar, pero muy tarde. Tendrá que resolver sus problemas sin mí. Los demonios se esfumaron por fin. Teníamos un contrato previo que no pudimos cumplir. Nos iríamos juntos. Nos volveríamos a ver. Cumpliríamos esta fantasía. Escucharíamos nuestra canción juntos y justo antes de irnos:

Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú; me voy yendo como el mar, lento y salvaje como tú. Y sin embargo aquí estoy y sin embargo no me voy.